

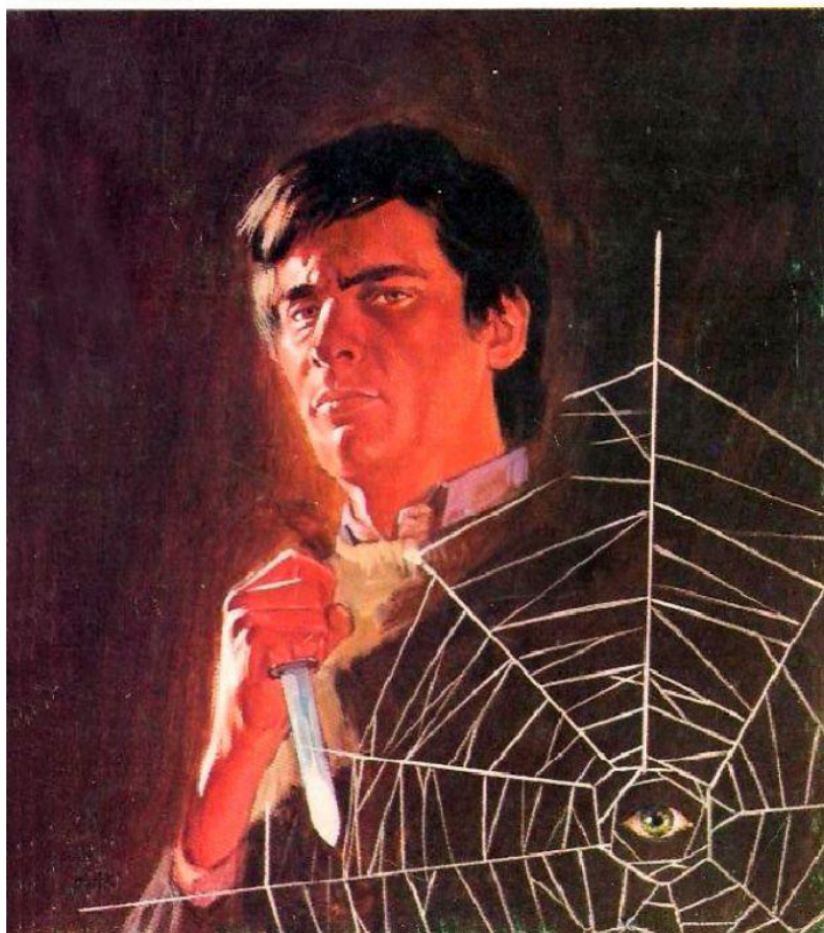
BOLSILLOS BALBUENA

PUNTO

ROJO

HOMBRE EN LA TRAMPA

Albert Rosbund



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



ALBERT ROSBUND

HOMBRE EN LA TRAMPA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 836
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 9.985 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1978

© Albert Rosbund - 1978

texto

© Jorge Sempere - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

360. — Le llaman «Murderer».

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

278. — El retorno de los malditos.

En Colección PUNTO ROJO:

803. — ¡Drógate y muere!

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.417. — Cuanto más muerta, más guapa.

Para ti, papá

CAPÍTULO PRIMERO

Me despedí de Sue en el mismo *parking*:

—Hasta mañana.

—Buenas noches, míster Boyle.

Ella se dirigió hacia su coche y yo hacia el mío. Abrí la portezuela de mí «Ford Mustang» y me introduje en él. Encendí un cigarrillo.

El día había sido agotador, como el lunes y el martes, y como lo serían el jueves y el viernes. Habíamos entrado en lo que yo llamaba la «semana diabólica». Una semana en la que había que resolver los asuntos atrasados del mes y acabar poniéndolo todo al día. La Ferguson Commercial Agency era una buena empresa y yo era el gerente cuya obligación consistía en que, al menos, siguiera siéndolo; la agencia, por supuesto.

Vi pasar el viejo «Chevrolet» de Sue, mi secretaria particular, cuyo motor hacía más ruidos que una traca el cuatro de julio.

Apagué el cigarrillo en el cenicero del coche y le di al encendido. Puse las luces y metí la primera. Arranqué con cierta preocupación.

Salí del *parking* pensando en Marian, mi mujer, quien me estaría esperando en casa. Últimamente nuestro matrimonio no marchaba muy bien y las disputas eran frecuentes. Después del día que había tenido, después de más de doce horas de intenso trabajo, con los ojos semicerrándose y la cabeza doliéndome ligeramente, pensaba en lo que aún podía esperarme en casa, y eso no era nada agradable.

Como tampoco lo fue el tropiezo que tuve.

Ya he dicho que iba medio amodorrado conduciendo y por eso, al girar a Western Avenue, estuve a punto de atropellar a una muchacha.

La chica se cruzó en mi camino inesperadamente y yo tuve aún

los suficientes reflejos como para apretar el pedal del freno hasta el fondo.

Las ruedas chirriaron horriblemente, pero como no iba a mucha velocidad, el coche se quedó clavado.

A pesar de esto, vi a la muchacha desaparecer tras el morro de mi coche.

Salté de él apresuradamente, temiendo haberla lastimado. Era lo que me faltaba para rematar el día.

Pero yo pensaba que había actuado con presteza y que apenas había llegado a tocarla.

Lancé un suspiro de alivio al observar que ella misma se ponía en pie.

De todas formas, la ayudé.

Ella temblaba, terriblemente asustada, y su rostro parecía cera pura.

Era poseedora de una hermosa mata de pelo color platino y sus ojos eran azules, rasgados, muy bonitos. Le calculé unos veinticuatro años.

Tomé su bolso del suelo y se lo alargué.

—¿Se encuentra ya bien? —le pregunté.

—Ha... ha estado a punto... a punto de matarme... —balbuceó.

—Lo sé, pero gracias al cielo no ha sido así.

—¡Qué susto!

—Usted ha sido muy imprudente al cruzar la calzada de esta forma, señorita...

—Sylvia Morgan.

—Pues bien, señorita Morgan: debía haber aprovechado un paso de cebra o un paso de semáforo —la recriminé sencillamente, sin mucha dureza.

—Es... es cierto. ¡Pero tenía tanta prisa! ¡Quería llegar a tiempo de coger el autobús de las nueve!

Consulté mi reloj y dije:

—Me temo que ya lo perdió. Son las nueve y diez minutos.

—¡Oh!

—Si quiere, puedo yo llevarla —me ofrecí.

—¿Sería tan amable?

—¿Por qué no?

—Muchas gracias, señor...

—Peter Boyle.

Subimos a mi coche y ella me dio un número de Alamo Street.

—Allí viven mis padres —me explicó a continuación—. Mi madre me ha telefonado urgentemente, muy asustada. Resulta que mi padre se ha puesto muy mal. Sufre de asma, ¿sabe? ¡Oh, Dios, espero que no sea nada! ¡Y que el médico haya llegado en seguida!

—Tranquilícese.

Alamo Street se encontraba al otro lado de la ciudad, así que tardamos veinte largos minutos en llegar, pero unos cuantos menos de lo que hubiera tardado el autobús, con su trayecto fijo y sus paradas obligatorias.

Los padres de la muchacha vivían en un edificio de apartamentos.

—No sé cómo agradecerle el favor, señor Boyle... —me dijo ella, sin aún bajarse del coche.

—No se preocupe de eso y vaya a ver a su padre.

—Sí, sí.

—Que no sea nada.

—Gracias, señor Boyle. Muchas gracias.

Por fin abrió la portezuela de su lado y se apeó.

Nos despedimos mutuamente con un gesto de la mano y ella se dirigió hacia el edificio de apartamentos.

Yo arranqué y emprendí el camino de casa.

Vivía en Beauty Boulevard, en la zona residencial de la ciudad. El lujoso chalet había pertenecido anteriormente a los padres de mi esposa, los Tanner, gente muy adinerada y de buena posición social.

Yo a veces me preguntaba cómo podía haberme casado con Marian, dado que pertenecíamos a distintos niveles sociales, pero las cosas habían ocurrido así, y al menos durante los tres primeros años de matrimonio la felicidad había reinado en el hogar. Ahora, tal vez tardíamente, habían comenzado a aparecer las barreras. Y si los dos continuábamos por ese camino, terminaríamos divorciándonos. Era un final que no me gustaba nada, pero si todo continuaba igual habría que afrontarlo.

Detuve el coche frente a la verja de entrada. Bajé y fui a abrirla.

Retorné al auto y me dirigí directamente hacia el pequeño garaje.

Antes, cuando las cosas iban bien, siempre tenía la costumbre de

tocar la bocina al entrar. Ahora ya no.

Aparqué junto al coche de Marian, un «Chevrolet» deportivo que era la envidia de sus amigas. Tomé mi portafolios y salí del pequeño garaje.

En primer lugar encaminé mis pasos hacia la verja y la cerré. Luego, por el sendero de gravilla, bordeado de abundantes macizos de flores, llegué hasta la puerta de casa.

En la época en que yo tocaba la bocina al entrar en el chalet, ella, Marian, acostumbraba a acudir rápidamente a la puerta para recibirme con un beso. Ahora ya no.

Introduje la llave en la cerradura y entré.

Reinaba un profundo silencio en la casa y eso me extrañó.

Marian, cuando se encontraba sola en casa, tenía la costumbre de escuchar música mientras preparaba y bebía algunos cócteles. Le gustaban una barbaridad Bob Dylan, Joan Báez y demás cantautores por el estilo.

Por un momento pensé que pudiera haber salido a hacer una compra tardía, pero en seguida lo deseché porque había luces encendidas y además no eran horas de hacer compras. El reloj del comedor marcaba en aquellos momentos las diez de la noche.

Fueron diez campanadas que llegaron nítidamente hasta mis oídos.

No la encontré en el *living*, ni en el comedor, ni en la biblioteca.

—¡Marian! —llamé, con el ceño fruncido.

Nadie me contestó.

Entré en la cocina, ya sin el portafolios ni la chaqueta, aflojándome el nudo de la corbata.

—¡Marian! —dije de nuevo, pues creía que podía encontrarse allí, ya que la luz estaba encendida.

Pero tampoco estaba en la cocina.

Observé con extrañeza los utensilios desparramados por el lugar, como si hubiera estado haciendo la cena y se hubiese quedado a medias.

Con una mano me acaricié la barbilla, preocupado, y con la otra abrí la nevera.

Saqué una botellita de
«Coca-Cola».

Tenía sed.

Bebiendo a gollete salí de la cocina.

—¡Marian! —llamé una vez más.

Nada.

Silencio absoluto.

De pronto me di un golpecito en la cabeza y me llamé tonto. ¿Cómo no lo había pensado antes? Con toda seguridad habría sufrido una de sus frecuentes jaquecas y se había retirado al dormitorio, dispuesta a echar una cabezadita.

Entré en el suntuoso dormitorio con la convicción de que la encontraría tumbada sobre la cama, durmiendo como una bendita.

Me llevé un tremendo chasco. Tampoco se hallaba allí.

Con cierto nerviosismo interior, empecé a recorrer las distintas habitaciones de la casa a las que aún no había entrado, sin olvidar los lavabos.

Ocurrió cuando llegué a mi despacho.

Abrí la puerta y le di al interruptor de la luz.

Me quedé sin habla, mudo de espanto. La botellita de «Coca-Cola»

se escapó de mi mano. Un vértigo atroz sacudió mi cabeza.

Marian se encontraba justamente allí, tumbada grotescamente sobre la alfombra, con el estilete abrecartas clavado salvajemente bajo el seno izquierdo. A Marian la habían asesinado.

CAPÍTULO II

Después del ajetreo policíaco, en lo que quedó de noche apenas pude pegar ojo. Marian se me aparecía una y otra vez, en una especie de baile de imágenes retrospectivas que formaban una pesadilla inaguantable. El sudor, el nerviosismo, la irritabilidad, todo acudía a mi convirtiéndome en un muñeco roto horrorizado por la cruel realidad de unas horas antes.

Llegó el día, y con él las visitas de las amistades más allegadas.

Los hermanos Ferguson, Ike y Lana, fueron los primeros en aparecer. Ellos eran amigos de la infancia de Marian y también los dueños de la agencia para la que yo trabajaba. Por supuesto, Ike me disculpó del trabajo.

Luego siguieron los Román, los Mulligan, los Stevenson y un largo etcétera de matrimonios amigos. También Rhonda Payne, Louise Morse, Irene Hutchinson y otras amigas íntimas de Marian. Por mi parte, apenas apareció nadie, porque mi círculo era más bien escaso. Agradecí la llamada telefónica de Sue Lansing, mi secretaria, para darme el pésame.

Al fin logré escapar de casa para acercarme a unas pompas fúnebres y arreglar todo lo concerniente al entierro.

Luego me personé en el Police Department. Ante unos detectives de la Brigada de Homicidios repetí mis declaraciones de la noche anterior y las firmé. Entonces pedí hablar con el teniente Buck Taylor, que era el hombre al que le habían asignado el asesinato de mi esposa.

Entré en un pequeño despacho, bastante revuelto. Un ventilador colocado en una esquina procuraba el suficiente aire para que nadie se ahogara.

Al teniente Buck Taylor lo conocía ya, pues él y un detective llamado Bottoms habían sido los primeros en presentarse, en mi chalet, tras mi llamada telefónica al Police Department.

El hombre de la Brigada de Homicidios era un tipo corpulento, con pinta de atleta, que tendría aproximadamente mi edad: veintinueve años. Poseía un pelo negro, ensortijado, y sus facciones eran un tanto angulosas. Sus ojos, pequeños, astutos y brillantes, miraban muy escrutadoramente.

—¿Y bien? —me dijo tras los saludos de rigor.

—Quería saber si había alguna noticia sobre el caso, teniente.

—Aún es demasiado pronto, señor Boyle. Ni siquiera tengo el resultado de la autopsia.

—Ya veo.

—Nosotros trabajamos lento, pero seguro.

—Quisiera que esto se resolviera cuanto antes.

—Nosotros también, pero...

—Y que pusieran el máximo interés.

—Eso por descontado.

—Está bien. ¿Me tendrá al tanto de todo cuanto vaya sucediendo?

—Sí; no se preocupe.

—Bueno, si no hay más, me voy.

—¿Ha firmado ya sus declaraciones?

—Sí.

—¿Ha hecho constatar todo cuanto hizo ayer noche, y cómo encontró a su esposa?

—Sí, sí.

—Muy bien. Por ahora, eso es todo, señor Boyle.

—Manténgame al tanto —repetí, ya cuando le estrechaba la diestra como despedida.

Almorcé en un restaurante, atormentado con mis recuerdos.

Cada vez que pensaba más en el asunto, menos explicación lógica le encontraba.

¿Quién había podido asesinar a Marian? Ella no había hecho mal a nadie...

Por la tarde me puse de nuevo en contacto con los de las pompas fúnebres. El entierro se celebraría a la mañana siguiente, a las nueve, y partiría desde el Instituto Anatómico Forense.

Telefoneé a mi oficina, a Sue, por si necesitaba ayuda en algo. Ella me dijo que no y de nuevo me transmitió lo mucho que sentía la muerte de Marian. Al final su voz se quebró en un ahogado

llanto. Yo colgué el auricular con los labios apretados.

Me quedé pensando, no sé por qué, que el dolor que sentía era más por mí que por Marian.

Este pensamiento lo agrandé aún más a la mañana siguiente, ya en el cementerio. Mucha gente acudió allí: caras conocidas, otras menos y algunas desconocidas. Los dividí en cuatro grupos: los que habían ido por el dolor que les producía la muerte de Marian, los que habían ido por el dolor que les producía que yo hubiera perdido a mi cónyuge, los que habían ido por las dos razones antes expuestas y los que habían ido sencillamente por cumplir.

Igual que la noche del crimen, en esta última apenas había podido dormir. Debía tener unas grandes ojeras y mi aspecto dejaba bastante que desear.

Vestía una oscura gabardina, no me había afeitado ni peinado y mi mirada estaba fija en el ataúd que contenía los restos mortales de Marian. Ataúd que poco a poco iba desapareciendo de mi vista, conforme los encargados del cementerio iban tapando el nicho.

La pregunta «¿Por qué?» seguía marcada al rojo vivo en mi cerebro.

Cuando llegó la hora de despedir el duelo, me comporté como un autómatas.

Fue como una especie de desfile de fantasmas que cogían y soltaban mi mano.

Sólo uno hizo excepción. Impulsivamente se abrazó a mí llorando y depositó un cálido beso en mi mejilla, y yo compartí sus lágrimas. Era Sue.

Al final me quedé allí solo.

O eso creí en un principio.

Cuando por fin reaccioné para echar a andar, dos murallas me impidieron el paso.

Alcé la vista y reconocí al teniente Taylor y al detective Bottoms. Quise decir algo, pero de mi garganta no brotó una sola palabra.

—Hay novedades, señor Boyle —dijo el teniente, las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

—¿Sí? —Logré articular.

—Sí, señor Boyle.

—Ahora no tengo ganas de escuchar a nadie. Lo siento, señores. Déjenme solo, por favor.

—Las novedades son muy importantes..., sobre todo para usted, señor Boyle.

—¿Qué quiere decir?

—Usted me pidió ayer mañana rapidez y máximo interés, ¿recuerda?

Asentí.

—Mi equipo ha trabajado a toda máquina y hemos obtenido unos buenos resultados. Se puede decir que prácticamente hemos resuelto el caso.

—¡No me diga! —exclamé, y yo mismo me admiré de aquel cambio de voz. Aquella noticia parecía haberme reanimado momentáneamente.

—Atienda y verá.

—Le escucho, sí.

—Según el parte del forense a su mujer la golpearon primeramente en la barbilla, posiblemente de un puñetazo que la dejó inconsciente. Luego le clavaron el abrecartas. Fue, por tanto, un crimen premeditado.

—Eso ya lo imaginaba.

—Y también según el parte del forense su mujer fue asesinada a las nueve treinta de la noche..., de aquella noche, por supuesto.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Ahora viene la parte más interesante del asunto, señor Boyle. El detective Bottoms, aquí presente, fue quién se encargó de comprobar sus declaraciones. Usted, efectivamente, salió de la agencia a las nueve de la noche, ya que en esa semana, en la que aún estamos, el trabajo es mucho y hay que terminarlo antes de que comience el próximo mes...

—Todo eso ya lo sé.

—Sí, claro. Pues bien: el detective Bottoms no ha encontrado a ningún testigo de su encuentro con la chica del cabello platino.

—No me extraña nada. No pasaba nadie por allí a aquellas horas. Teniente —fruncí el entrecejo—, ¿a dónde quiere usted ir a parar?

—Es que eso no es todo. El detective Bottoms se personó en el edificio de apartamentos de Alamo Street que usted nos indicó y allí no hay ningún matrimonio que se apellide Morgan ni ningún hombre que padezca de asma y esté muy grave. El conserje no

recuerda que allí entrara sobre las nueve y media de la noche una chica de cabello platino.

—¡No puede ser!

—Pues es así. Además, otro de mis hombres, el detective Arkin, ha tenido una ardua tarea: investigar todas las Sylvia Morgan de la ciudad. Existen nada menos que treinta y ninguna de ellas responde a la descripción que usted nos facilitó, aparte de tener coartada. Así pues, todo lo que usted declaró es papel mojado. No sirve, señor Boyle.

—¡Dije lo que me pasó!

—¿No se le ocurre algo más original?

—¡No tengo por qué retractarme! ¡Dije la verdad!

—Es lamentable esto, señor Boyle, y más ante la tumba de su esposa. Pero no tengo ningún inconveniente en hacerle estas revelaciones aquí porque pienso que usted, en el fondo, no siente absolutamente nada por la muerte de su mujer. Es todo una farsa. Usted la mató, señor Boyle. Usted la asesinó.

—¡Está loco! —mascullé, visiblemente alterado.

—No estoy loco, señor Boyle, y usted lo sabe muy bien. Ahora voy a hablarle de otros datos que obran en nuestro poder. De la agencia hasta su chalet hay exactamente quince minutos. Así pues, usted, sobre las nueve y cuarto, nueve y veinte, llegó a su casa. Por otro lado, sabemos que las relaciones entre usted y su mujer eran poco cordiales. Con toda seguridad debieron tener una nueva discusión cuando usted llegó a casa, de ahí la botella rota de «Coca-Cola»

y el puñetazo que recibió ella de su parte. Usted estaba tan ofuscado, que sin pensárselo mucho cogió el abrecartas y se lo clavó.

—¡No! —estallé, llevándome las manos a los oídos.

—Eso ocurrió a las nueve treinta. Entonces dejó usted transcurrir media hora larga, durante la cual meditó el cuento que nos iba a largar, y nos telefoneó.

—¡Mentira! ¡Mentira!

—Y eso no es todo, señor Boyle. La prueba que a usted lo derrumba por los suelos es la declaración jurada de su vecino, Paul Stewart, quien asegura que usted llegó a su chalet a las nueve y cuarto de la noche.

—¡Imposible!

—Resulta que él estaba asomado a una ventana, tomando el fresco de la noche.

—¡Es falso! ¡Stewart miente!

—Ha declarado que tiene esa costumbre en primavera y verano, y que siempre que le ve llegar a casa consulta su reloj para comprobar su puntualidad. Comenta que usted nunca falla; llega siempre entre las nueve y cuarto y las nueve y veinte.

—¡Esta vez no consultó su reloj!

—El jura que sí.

—¡Pues entonces miente a conciencia!

—Lo siento, señor Boyle. Queda detenido. Tú, Bottoms, léele sus derechos.

El silencioso detective, un hombre espigado y delgado, fue a obedecer la orden, al tiempo que extraía de la parte posterior de su pantalón las esposas.

Me vi acorralado, vendido, ultrajado. No sé exactamente lo que me ocurrió.

Lo cierto es que, de pronto, reaccioné con violencia. Empujé a los dos policías súbitamente, pillándoles por sorpresa.

Los dos rodaron por el suelo.

Yo eché a correr sin mirar hacia atrás, y en un determinado momento pensé que escucharía un disparo y todo se habría terminado para mí.

Tuve suerte.

En ese instante, un nuevo entierro dobló la esquina, viniendo hacia mí, y yo me colé entre las mujeres que lloraban y los hombres de rostros serios. Esto creo que fue lo que me salvó de una bala en la espalda.

—¡Detengan a ese hombre! —le oí chillar al teniente Buck Taylor—. ¡Es un asesino!

Pero tanto él como su detective siguieron sin disparar, porque de lo contrario aquel entierro se hubiera multiplicado por bastante.

Yo empujaba y jadeaba entre aquella gente —a mí me parecía muchedumbre— acongojada y llorosa.

—¡Detenganlo! —continuaba chillando el teniente, a quien yo ya imaginaba de pie, dispuesto a correr tras mí—. ¡Detenganlo! ¡Es un asesino!

Pienso que ése fue el gran error del teniente Taylor: repetir con tanta insistencia que yo era un asesino. La gente se asustó más de lo que ya estaba por la muerte del conocido o familiar y al final de la cola ya no hicieron falta los empujones porque todo el mundo me hizo sitio.

Los dejé atrás sin girar la cabeza para mirar. El teniente y el detective ya debían estar luchando con los del entierro para que les abrieran paso.

Empecé a zigzaguear desesperadamente por las distintas secciones de nichos.

Corría como un gamo.

De pronto, el cementerio se convirtió para mí en un tenebroso laberinto.

No supe hacia dónde tirar. Aquello era un enorme dédalo de calles y más calles.

Hacía mucho tiempo que no iba por allí. Lo hacía una vez al año, en compañía de Marian, cuando íbamos a visitar la tumba de sus padres y la de los míos.

Ahora, al ir encabezando el duelo, apenas me había fijado en el camino, tan ensimismado iba.

Y no podía perder tiempo.

Miré hacia atrás y no vi a nadie. Sólo lápidas y flores.

De nuevo corrí al albur.

Cuando por fin alcancé el portón de entrada, creí que iba a vomitar el corazón.

Todo mi cuerpo era palpitación pura. El sudor empapaba por completo mis ropas. Pienso que en aquellos tensos y angustiosos momentos debía tener una mirada extraviada, de loco.

Caminé con rapidez hacia mí «Ford Mustang» sin que nadie llamara mi atención.

Me alegré de que a ninguno de los que habían asistido al entierro de Marian se le hubiera ocurrido la idea de esperarme en la salida.

Las pocas personas que había por allí no se preocuparon de mí.

Subí a mi coche y salí disparado como una bala.

El tiempo lo llevaba en contra y en mi mente sólo había una idea, muy fija: coger por mi cuenta a Paul Stewart.

CAPÍTULO III

Paul Stewart era un hombre de sesenta años, quien se había retirado a vivir tranquila y apaciblemente a su lujoso chalet de Beauty Boulevard. Sus numerosos negocios los llevaban ahora sus hijos y él se dedicaba a cuidar el jardín, a leer libros y a pasear. Siempre me había parecido un hombre bonachón y simpático, a pesar del carro de millones que debía tener en su cuenta corriente. Pero ya lo oía yo comentar cuando era niño en mis círculos sociales: no hay que fiarse de la gente rica.

Todo mi fallo consistía en que había dado el gran salto al casarme con Marian y había olvidado muchas cosas importantes.

Paul Stewart era un guarro. Un sucio mentiroso. Un gran hijo de perra.

Todas esas cosas y algunas más iba pensando mientras conducía mi coche por las calles de la ciudad. ¿Cómo era posible una mentira tan descarada, tan cínica? ¿Qué le había hecho yo para comprometerme de tal manera?

Frené justo frente al chalet de Paul Stewart. Bajé del coche, miré a un lado y a otro, no vi a nadie y empujé la verja de entrada, que estaba abierta. Le iba a dar un susto de muerte.

Atravesé su cuidado jardín, y cuando digo eso quiero decir que caminé por encima de su cuidado césped, de sus cuidadas flores y de todo aquello por lo cual sentía una especial predilección, dejando a un lado el sendero de gravilla.

La sangre me hervía en las venas y la ira me atenazaba cada vez más.

La muerte de Marian y el embrollo en el que ahora me encontraba casi me habían trastornado.

Recordaba las conversaciones amistosas que había tenido con Paul Stewart, sus sonrisas, sus apretones de manos, sus palmaditas a la espalda, sus invitaciones para acompañarle a pescar...

Tan ofuscado iba que apenas me di cuenta que para entrar en la casa no había hecho falta apretar el botón de llamada, puesto que la puerta estaba ligeramente entreabierta.

Me vi en el *living* y más tarde en el comedor. Notaba unas fuertes palpitaciones en mis sienes y las palmas de las manos muy húmedas.

—¡Stewart, maldito mentiroso! —barboté cuando divisé su cabeza por encima del respaldo de uno de los sillones.

El muy condenado se dedicaba a la contemplación de las macetas de su terraza, a través del amplio ventanal que comunicaba con ésta.

Avancé como un poseso hacia él, rodeé el sillón, le encaré y mi zarpa derecha salió disparada hacia su pecho, aferró salvajemente su camisa y tiró de ella hacia arriba.

—¡Stewart, hijo de...! —me interrumpí a mitad del insulto cuando observé que él no ofrecía ninguna resistencia.

Vi sus ojos vidriosos, su mueca de espanto y su lengua medio salida. También vi la cinta de cuero que aún rodeaba su cuello. Lo que sujetaba con mi mano derecha no era más que una especie de pelele.

Era un cadáver.

Paul Stewart había sido estrangulado.

Lo dejé caer a plomo sobre el sillón y allí quedó de una forma grotesca.

Mi mente era un caos. Creí vivir una horrible pesadilla. Pensé ingenuamente que de pronto despertaría y me encontraría en la cama, abrazando a Marian, riendo los dos.

¿Cómo era posible que dos asesinatos se cruzaran en mi vida en poco más de veinticuatro horas?

Yo era un simple gerente de una agencia comercial... y nada tenía que ver con el crimen. Los asesinatos eran cosas que veía en la tele o que leía en las novelas o en los periódicos. Mi vida era tranquila, sencilla, salvo los últimos disgustos que había tenido con Marian..., pero eso no podía tener que ver nada con los crímenes porque era algo que sucede muy a menudo en los matrimonios y que tal vez, con buena predisposición, hubiéramos logrado superar.

De súbito, unas sirenas policiales terminaron de romper mi sistema nervioso.

¡Venían a por mí, seguro!

El cabrito del teniente Buck Taylor debía haber imaginado cuál era mi intención y con toda seguridad habría llamado al Police Department ordenando que algunas unidades se trasladaran al chalet de Paul Stewart.

Y era lo que me faltaba, que me cogieran junto al cadáver de Paul Stewart.

Sabía cómo huir de allí.

En una ocasión, Paul Stewart me había comentado muy enojado cómo unos gamberros se habían colado en su propiedad salvando el muro de atrás. Pensaba contratar a unos albañiles para que aumentaran su altura unos palmos más, pero aún no había hecho realidad su idea... ni ya nunca jamás podría hacerlo.

Abrí el ventanal y pasé a la terraza. Imaginaba ya a los patrulleros rodeando mi coche y decidiéndose a entrar en el chalet.

Corrí hacia el muro.

Ni al primero ni al segundo salto logré agarrarme con las manos. Para el tercero utilicé una vieja caja que por allí había tirada para subirme. Desde ella brinqué y esta vez sí logré quedar suspendido. Los músculos de mis brazos se pusieron entonces en acción y poco a poco fui izándome.

Primero pasé una pierna y luego la otra. Miré hacia abajo. Había mayor distancia que por el lado que había conseguido salvar. Pensé entonces que aquellos gamberros de los que me habló Paul Stewart debieron utilizar el truco de la torre humana.

No pensé mucho más.

Una voz tronó:

—¡Alto!

Un disparo retumbó en el silencio del lugar y una bala arrancó esquirlas del muro.

Yo salté.

Caí en cuclillas y mis piernas aguantaron bien.

Y más que tenían que aguantar.

De nuevo me vi corriendo, esta vez por Jefferson Street. Ése parecía ser mi sino desde ahora: correr como un desesperado.

Doblé por Atlantic Road y vi un taxi libre.

Subí a él.

—¡Rápido, a Green Park! —le dije al conductor.

Éste aceleró al momento y yo suspiré largamente. De momento había logrado burlar, una vez más, a la policía. Y así ¿hasta cuándo?

Green Park se encontraba al otro lado de la ciudad y allí esperaba encontrar tiempo y tranquilidad para pensar detenidamente en todo cuanto me había ocurrido hasta el momento.

Mi estado nervioso era deplorable y el sudor no me había abandonado desde que huí del teniente Buck Taylor y el detective Bottoms en el cementerio.

—Green Park, señor —dijo el taxista, después de detener el coche y observar que yo no reaccionaba.

—Ah, sí —dije, saliendo de mi letargo—. ¿Cuánto le debo?

—Seis dólares con cincuenta.

—Aquí tiene. Quédese con la vuelta.

—Gracias, señor.

Bajé del taxi y empecé a caminar por entre los jardines de Green Park. Los niños y las nurses eran los principales habitantes del lugar. Trataba de poner en orden mis ideas, pero casi era imposible, tal era el nerviosismo que me invadía.

Estaba descentrado, totalmente descentrado. Yo no era un tipo habituado a estas cosas.

En seguida tuve la prueba de ello.

Por encima de unos setos vi cómo un auto patrulla detenía al taxi que me había traído cuando éste iba a dar la vuelta a Green Park Square.

Era una idiotez lo que había hecho. Cómo no había pensado que los autos patrulla tienen radio y se pueden comunicar entre ellos en un instante. Seguro que inmediatamente después de yo huir del chalet de Paul Stewart todos habían sido alertados con mi descripción. Y ahora los «rookies» de uno de ellos estaban haciendo preguntas al taxista que me había transportado a Green Park.

¡Y yo pensaba quedarme allí, a meditar!

Una vez más me vi corriendo, esta vez hacia la salida este del parque.

Me encontré en Montgomery Street, la calle de los periódicos, y ya me vi ocupando la primera plana de los del próximo día.

Pensé en tomar un nuevo taxi, pero en seguida lo deseché al

andar por Washington Avenue. A mi mente vino el recuerdo de Sue. Ella vivía muy cerca de allí.

Pero ¿era lógico inmiscuir la en mis asuntos?

Yo necesitaba encontrar un lugar seguro y también una persona que confiara en mí.

Ya sé que lo normal es ponerse en manos de policías y abogados, pero este oscuro caso no tenía nada de normal desde un principio.

Me veía acorralado. Tenía la impresión de que alguien estaba jugando conmigo. Y un fatal presentimiento me aseguraba interiormente que si caía en manos de la policía ya nunca más volvería a respirar.

Necesitaba libertad de acción. Ahora bien, ¿cuál iba a ser mi acción?

Tenía que pensarlo cuidadosamente.

Y para eso era preciso un sitio seguro y alguien que tuviera la mente más despejada que yo y me ayudara en mis pesquisas.

Otra vez vino a mí el recuerdo de Sue.

Otra vez me acordé de sus lágrimas y su beso.

Dios, si ya no se podía confiar siquiera en eso, me era igual entrar directamente en el matadero.

Así que, con la decisión firmemente tomada de presentarme en su apartamento, me encontré de pronto ante el edificio donde vivía.

Sin darme cuenta, mientras sopesaba los pros y los contras, había caminado hasta allí.

Sabía que ella estaría en casa porque Ike Ferguson había declarado aquella mañana, «mañana de luto», para que todo el personal pudiera acudir al entierro de Marian.

No hubo problema con el conserje del edificio, pues como eran las doce y media el hombre se había tomado su media hora libre para ir a almorzar.

Pulsé el botón del apartamento número veinticuatro, que era el que correspondía a Sue según lo indicaba la tarjetita que había al lado.

—¿Quién es? —Oí.

—Soy yo, Peter Boyle.

—¡Oh, míster Boyle...!

—Ábrame, por favor, Sue.

—Sí, sí.

Sonó el ruido característico del portero eléctrico y yo empujé rápidamente la puerta.

Miré a un lado y a otro, y después entré.

Con uno de los ascensores me trasladé hasta el piso sexto.

Ella me esperaba bajo el umbral de su puerta. En su bonito rostro había pintada una mueca de intriga.

—¿Qué ocurre, míster Boyle? —me preguntó, de sopetón—. ¿Cómo usted por aquí?

—Vayamos dentro —la empujé suavemente hacia el interior del apartamento. Cerré la puerta.

—Pero...

—Estoy en aprietos —le expliqué de momento—. ¿Cómo...?

—Necesito sentarme, Sue. Necesito descansar.

—Pase, pase.

Fuimos al *living-romm*.

Me tomé la libertad de quitarme la gabardina y la corbata, y luego me dejé caer sobre una de las butaquitas, resoplando fuertemente.

Ella también tomó asiento, en el largo sofá. Ella era rubia, bella y frágil, pero también muy activa y eficiente como lo llevaba demostrando en el trabajo. Contaba la misma edad que Marian, pero se diferenciaba de mi difunta esposa en que era más delgada y unas pulgadas más baja.

—Usted... usted dirá —habló ella, sacándome de mi abstracción.

—Bien, bien —dije, pasándome una mano por la frente y retirándola llena de sudor. Saqué un pañuelo del bolsillo de mi pantalón y me sequé la mano y el rostro. Luego me hice aire con él —. Es ateo increíble, Sue —seguí diciendo al rato.

—No entiendo nada.

—Menos entenderá cuando se lo explique.

—Hable ya, por Dios.

—Verá..., me cuesta decírselo, ¿sabe? Es que ni yo mismo me lo creo. Me da la impresión de estar viviendo un sueño, una atroz pesadilla...

—Oh, me está inquietando —protestó ella, descabalgando una pierna y cabalgando la otra.

—Resulta que... que me acusan de asesinato, Sue —dije al fin.

—¿De asesinato? —exclamó ella, vivamente sorprendida,

mirándome con los ojos muy abiertos.

—Bueno, en estos momentos, posiblemente de doble asesinato.

—Míster Boyle, usted está...

—No, no estoy loco, Sue. Es la pura verdad.

—¿Y qué crímenes ha cometido?

—La policía cree que yo maté a mi esposa.

—¡No! —Se horrorizó ella.

Y a continuación me lancé a contarle todo cuanto me había sucedido desde que me había quedado solo en el cementerio.

Cuando terminé, me encontré mucho mejor. Como si me hubiera liberado de una gran carga. Mi respiración ya se había normalizado y el sudor amainaba. Mi cerebro, poco a poco, se iba relajando, así como todo mi cuerpo.

Sue se había quedado completamente anonadada tras mi relato. —¿No dice nada?— le pregunté.

—Yo... yo... —Y de ahí no pasó.

Yo eché mano de mi gabardina y saqué el paquete de cigarrillos. Le ofrecí y ella aceptó.

Poco después, los dos fumábamos silenciosamente.

Al final, ella se decidió a hablar:

—¿Qué... qué se propone, míster Boyle?

—Por lo pronto, descansar y alimentarme. ¿Ha almorzado ya, Sue?

—Iba a hacerlo ahora. A las dos y media tengo que estar en la oficina. Esta tarde se trabaja.

—Sí, sí.

—Prepararé también algo para usted.

—Gracias.

—¿Y después de haber comido y descansado?

—Pensaré y pensaré. Tengo que encontrar algo a lo que agarrarme.

—¿Y... y piensa continuar aquí?

—Bueno, yo... Esto, verá... Yo había pensado que usted confiaría en mí. ¿Usted cree que yo soy un asesino, Sue?

Ella me miró muy fijamente, a través del humo del tabaco.

—No —dijo con mucha firmeza.

Yo sonreí.

—Usted podría ayudarme..., si quisiera —agregué.

—¿Qué he de hacer? —me preguntó muy resueltamente.

—Verá... —Me apreté el puente de la nariz con dos dedos—. Imagino que en todos los boletines policiales se debe dar, además de mi descripción física, la de mis ropas. He de cambiarlas, si quiero moverme por ahí. Mi casa estará sumamente vigilada por la policía, pero no creo que así la oficina. Allí, en uno de los armarios de mi despacho, guardo un traje de chaqueta, corbata, camisa, muda de ropa interior, incluso zapatos... Quiero que me traiga todo eso esta noche, cuando vuelva del trabajo. Puede llevarse una gran bolsa y meterlo todo en ella... Ah, y no se olvide de la pistola.

—¿La pistola? —balbuceó ella.

—Sí, la pistola. Tengo una en el fondo del cajón central de mi mesa escritorio. Y no tenga miedo, no pienso matar a nadie. Pero necesito un arma conmigo, por si las moscas. La gente que juega en el otro lado lo hace sin miramientos: lo mismo clava fríamente un abrecartas que estrangula con una tira de cuero.

—Está bien...

—Y otra cosa más: unas gafas de sol. Cómpremelas por ahí, como si fueran para usted. Esas que son en forma de pera suelen ser unisex. Yo se las pagaré.

Ella apagó el cigarrillo en el cenicero de la mesita ratona. Yo me levanté para hacer lo mismo. Nuestros ojos se encontraron a escasas pulgadas.

—¿Hará todo eso por mí, Sue? —le pregunté, poniendo un poco de súplica en mi voz.

CAPÍTULO IV

Lo primero que vi al abrir los ojos fue las piernas. Unas piernas esbeltas y bien torneadas.

Sue se encontraba sentada en una butaquita, mirándome curiosamente.

Nada más irse ella al trabajo, yo me había tumbado a lo largo del sofá dispuesto a descansar, y al final conseguí dormirme.

Me incorporé.

—¿Qué hay? —inquirió ella.

—Bueno —me froté los ojos con los dedos—, creo que esa pregunta me corresponde hacerla a mí.

—Ya tendrá tiempo. ¿Se encuentra mejor?

—¡Hum...! Sigo hecho un trapo. Lo poco que he dormido ha sido muy mal...

—Le dije que aprovechara mi cama...

—El resultado hubiera sido el mismo, Sue. En fin —miré hacia la araña del techo que iluminaba el *living*—, ¿qué hora es?

—Las nueve y media de la noche.

—¡Diablo! —exclamé, terminando de ponerme en pie—. Voy a enjuagarme un poco la cara.

—¿Sabe dónde está el lavabo?

—Sí, sí.

Entonces me quedé mirando muy fijamente la gran bolsa que había sobre la otra butaquita.

Luego, clavé mis ojos en Sue.

—Lo consiguió —dije, con la poca alegría que me restaba.

Ella me sonrió, y yo me fui con su sonrisa al lavabo. Cuando regresé al *living*, apenas había conseguido algo porque seguía teniendo la misma cara cansada, de oscuras ojeras.

Abrí la bolsa y fui sacando la ropa. Estaba todo. Incluso la pistola y una cajita envuelta en papel de una óptica que contenía las

gafas de sol.

—Gracias, Sue —dije, emocionado.

—No hay de qué, míster Boyle.

—Oh, deje de llamarme ya míster Boyle. Mi nombre es Peter.

—Ya lo sé.

—Entonces, úselo. —Está bien, Peter.

—Así me gusta.

—¿Quiere cenar, Peter?

—Creo que deberíamos también tutearnos. ¿Te parece, Sue?

—De acuerdo.

—Muy bien.

—¿Y qué me dices de la cena?

—Bueno, tomemos algo.

Yo puse la mesa mientras ella preparaba los platos. Luego, cenamos en silencio.

—Pon la tele, por favor —le rogué a los postres—. Van a dar el último noticiario, el de las diez.

Sue puso en funcionamiento su televisor portátil de diecisiete pulgadas, en color.

En aquellos precisos momentos, un reloj de estudio marcaba las diez en punto. Inmediatamente después apareció la cabecera del noticiero y luego los locutores. Empezaron por las informaciones nacionales e internacionales. Siguieron con los deportes y el tiempo. Y terminaron con Johnny Andrews, uno de los más cotizados reporteros de la ciudad, que daba la información local.

El rubio y simpático Johnny Andrews no hizo como en otras ocasiones: hablar de distintas cosas. Esta vez solo habló de mí.

Yo era la noticia número uno de la ciudad.

—Un peligroso asesino anda suelto por la ciudad —fue su entrada en programa—. Peter Boyle —sacaron entonces unas imágenes de archivo en las que me vi, acompañando a mi mujer, en la inauguración del Hogar del Abandonado—, conocido gerente de la firma Ferguson Commercial Agency, ha sido considerado por la policía, tras sus laboriosas investigaciones, como el asesino de su esposa Marian Boyle, Tanner de soltera. La coartada que presentó el señor Boyle era una pura mentira. La chica del cabello platino llamada Sylvia Morgan no existe, ni tampoco existen unos señores Morgan en el edificio de apartamentos de Alamo Street. Nadie fue

testigo de ése casi atropello que dijo haber tenido con la chica del cabello platino. Pero lo que le hundió definitivamente fue la declaración del señor Paul Stewart, vecino suyo, quien lo vio llegar a su casa sobre las nueve y veinte de la noche, es decir, diez minutos antes de que fuera asesinada su mujer, y no sobre las diez de la noche, como él aseguró.

»Ah, señores, pero esto no fue todo. Cuando el teniente Buck Taylor y el detective Bottoms fueron a cumplir con su deber, es decir, proceder a detenerle, el señor Boyle se resistió y huyó, tras agredir a los servidores de la ley. No se le ocurrió otra cosa que presentarse en la casa del señor Paul Stewart y estrangularlo con una cinta de cuero. Tal vez porque sufría una perturbación de sus facultades mentales, tal vez porque pensaba que así no habría testigos. De todas formas, no consiguió más que empeorar su caso, porque aunque Paul Stewart está muerto, su declaración jurada y firmada se encuentra en el Police Department de la ciudad. Todos los autopatrullas de la ciudad como de las carreteras han sido alertados. El aeropuerto y la estación central están vigilados. En las terminales de autobuses sucede otro tanto. Peter Boyle no tiene escape. Si por una casualidad estuviera viéndonos, le recomendamos que se entregue.

»Por otro lado, amigos telespectadores, ustedes se preguntarán qué razones han podido mover al crimen a Peter Boyle. Pues bien, aparte de una posible alteración psíquica, que nunca hay que descartar, esas razones las podemos encontrar en sus relaciones con su esposa. Aunque esto sea meterme un poco en el terreno de mi compañera Edna Flynn, directora-presentadora del conocido programa “De todo un poco”, todo el mundillo social que frecuentaba los Boyle sabía que el matrimonio no marchaba muy bien. Había frecuentes discusiones y cada vez eran menos las veces que se les veía juntos. El divorcio parecía inminente. ¿Y quién salía perdiendo con esto?

Evidentemente Peter Boyle. Hay que tener en cuenta que, a pesar del buen cargo que ocupa, Peter Boyle no tiene casi nada. La mayor parte de los bienes pertenecen a su mujer, o pertenecían. El chalet de Beauty Boulevard, la finca de Apache Creek, las acciones, las joyas y casi todo el dinero. Peter Boyle, antes de casarse con ella, era apenas un don nadie. Gracias a su mujer, por la amistad

que ella tenía con los Ferguson, consiguió el cargo que ocupaba hasta ahora, y con ello empezar a tener unos ahorrillos propios...

De pronto, dejé de oír la escandalosa voz de Johnny Andrews y su imagen de reportero atlético y barbudo desapareció de la pantalla. Por supuesto, ya había dejado de caerme simpático.

Sue, sin apenas yo darme cuenta, tan fija tenía la mirada en la pequeña pantalla, era quien se había levantado y apagado el televisor.

—¡Basura! —barboté—. ¡Son basura!

—Tiene que hacer su trabajo —trató de excusarlo ella— aunque ciertamente su trabajo es repulsivo —reconoció a continuación.

Bebí un sorbo de agua y traté de calmarme.

Ella volvió a sentarse.

—¿Quieres café?

—No, gracias.

Se hizo un silencio entre los dos.

—¿Tuviste alguna pega para traerme las ropas? —pregunté al rato.

—No.

—¿Qué se comentaba por la oficina?

—Ya te lo puedes imaginar.

—Al estilo Johnny Andrews, ¿no?

Ella dio la callada por respuesta.

—Bueno, creo que podemos retirar las cosas de la mesa —sugerí. Lo hicimos.

Ella se puso a fregar y yo comencé a dar vueltas por la cocina.

—¿Qué piensas? —me preguntó.

—Estoy tratando de hallar algo a lo que asirme. Algo por lo que empezar.

—Piensa primero en tus enemigos. O en los de Marian, mejor dicho.

—¿Y quiénes son? ¿Qué entiendes tú por enemigos? ¿La gente que te envidia, la que te odia, la que te niega el saludo...?

—Más o menos.

—Yo no los creo capaces de matar.

—¿Entonces...?

—Para matar debe haber una razón muy poderosa. Razón por la cual el asesino o los asesinos se juegan mucho. Y a todos los

hombres y mujeres de nuestro círculo social los veo incapaces de matar, en el fondo son demasiados finos... a no ser que alguien estuviera muy desesperado.

—Serán finos como tú dices, pero todos rebosan dinero. No tienen por qué mancharse las manos de sangre. Pueden haber pagado a un asesino.

—Cierto. Pero ¿por qué? ¿Qué había hecho o podía hacer Marian?

—También pudiera ser que la cosa fuera contra ti.

—No, no lo creo.

—Piensa en Paul Stewart.

—Lo hago, ya lo creo que lo hago, Sue. Hay algo evidente: Paul Stewart mintió. ¿Por qué? Tal vez le pagaran una buena cantidad.

—¿A Paul Stewart? ¡Ni hablar! Paul Stewart estaba forrado. Una buena cantidad para él hubiera sido cinco o diez millones de dólares. ¿Tú crees que alguien le hubiera dado eso por decir que tú llegaste a las nueve y cuarto de la noche, más o menos?

—Sí, tienes razón. Entonces..., tal vez lo amenazaran con algo.

—Eso ya me suena mejor. Pero ¿por qué lo estrangularon?

—Tal vez se arrepintió de su mentira y pensara rectificar. — Sonreí y comenté—: Esto parece el juego del «tal vez».

Ella sonrió también y comenzó a secar los cubiertos.

—Lo cierto es que alguien mató a Marian por alguna razón oculta y quiso cargarme el asesinato.

—Y prácticamente se ha salido con la suya. Además, te ha cargado también el de Paul Stewart.

—Sí, no pude ser más oportuno.

—¿Y por qué cargarte el crimen de Marian?

—Es una forma de que la policía ya tuviera su asesino y no metiera las narices en otros lados.

—¿Sabes lo que todo eso significa?

—Por supuesto, Sue. Es algo que me viene atormentando desde que estoy en tu casa. Significa que mi tropiezo con la chica del cabello platino fue algo preparado. Una cochina trampa donde yo debía perder unos minutos vitales. Ella me dio una coartada y a la vez me la quitó.

—Esto significa también que hay al menos dos personas implicadas en el asunto.

—Y que el crimen fue premeditado, muy pensado. Eso no se improvisa en quince minutos.

—Al menos necesitarían unas horas.

—Por tanto, alguien pensaba ya matar a Marian y lo planeó todo detenidamente, punto por punto, escogiéndome como asesino.

—En fin —ella se quitó el mandil, pues ya había terminado—, la clave está en encontrar a esa chica que se cruzó ante tu coche.

—Eso es casi imposible. Con toda seguridad ni tendrá el cabello platino ni sus ojos serán azules, que es lo que más recuerdo de ella.

—En eso puede ser que no te equivoques. Si realmente fue una trampa, la chica usaría peluca, lentillas y mucho maquillaje.

Salimos de la cocina y tomamos asiento en el *living*. Yo saqué cigarrillos y al momento los dos estábamos fumando.

—¿Y bien? —inquirió ella al rato, después de estarnos observando silenciosamente.

—Mi única pista es Marian —dije a la vez que expelía humo por la boca—. A ella la mataron por alguna razón y yo voy a encontrarla.

—Tal vez la sepas, pero no le des su sentido, su vital importancia.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Hay una cosa cierta en todo este embrollo y es que nuestro matrimonio no marchaba bien. Esto había provocado que naciera una desconfianza entre los dos y últimamente los problemas de uno no eran compartidos por el otro. Por tanto, estoy casi seguro de no saber esa razón.

—¿Y por dónde vas a empezar?

—Sólo se me ocurre un nombre, por el momento: Rhonda Payne, la mejor amiga de Marian. Imagino que últimamente tendría más confianza con ella que conmigo.

—¿Cómo vas a entrevistarte con ella?

—Podría hacerlo por teléfono, pero mucho me temo que colgaría. Prefiero abordarla personalmente. Quiero conocer también sus reacciones.

—¿Dónde la encontrarás? No pensarás presentarte en su casa.

—Sé dónde almuerza. Es un restaurante cercano al negocio de su padre, que es donde ella trabaja. Conozco el sitio porque muchas

veces Marian acudía allí para almorzar con ella.

—Eso es un peligro, Peter.

—Iré con las ropas que me has traído y las gafas de sol.

—Y con la pistola también, ¿no?

—Exacto.

—Si te cogen con ella...

—¡No me cogerán! —La interrumpí, con vehemencia—. Si me cogen, tal como están las cosas, soy hombre muerto. Tengo dos asesinatos a mis espaldas y no es preciso que te recuerde que en este estado no está abolida la pena de muerte.

—Ella puede...

—Me conformo con que llame a la policía una vez haya desaparecido de su vista —de nuevo la corté.

—Está bien. Te deseo suerte.

—Gracias. La voy a necesitar.

Ella se puso en pie y apagó el cigarrillo en el cenicero de la mesita ratona.

—Creo que es hora de acostarme —dijo—. Mañana he de levantarme pronto.

—Sí, claro.

—Voy antes a sacarte una manta.

—No hace falta, Sue.

—Te quedarás helado.

Me trajo la manta cuando yo ya había dejado de fumar. La tomé en mis manos.

—No sabes cuánto te agradezco todo lo que estás haciendo por mí —dije.

—Yo siempre confié en ti, Peter.

Sonreí.

—Buenas noches —dijo ella, seguidamente.

—Buenas noches, Sue.

Dio media vuelta y se coló en su dormitorio. No me preocupé de si echaba o no el pestillo.

Me descalcé, me quité los pantalones y me tumbé a lo largo del sofá, echándome la manta por encima. Alargué una mano y le di al interruptor de la luz.

Quedé en la más completa oscuridad. Entonces pensé con cierto humor que así era como me encontraba en este maldito asunto.

CAPÍTULO V

No tuve ningún inconveniente al andar por las calles de la ciudad, repletas de gentes, coches y ruidos. Era un ciudadano más, vistiendo un flamante traje de chaqueta y luciendo unas bonitas gafas de sol.

Procuré siempre ir por calles concurridas, confundiéndome con la masa apelonada y apresurada que caminaba por las aceras.

Me crucé con guardias urbanos y con autos patrulla, pero nadie se fijó en mí.

Llegué al cruce de Lowell Street y York Avenue, donde se levantaba el pomposo negocio de los Payne. Nada menos que unos grandes almacenes, en pleno centro comercial de la ciudad.

Rhonda Payne trabajaba en las oficinas, pero según había comentado muchas veces, entre risas y *whiskys*, su cargo era más bien para pasar el rato y cuando se cansaba cogía el portante y se largaba al Club de Tenis o al Club de Hípica o al Club de Esgrima o... En fin, a alguno de los muchos clubs a los que pertenecía. En el trabajo, por supuesto, nadie le decía nada, ya que para algo era la hija del jefe. Sus dos hermanos, Peter y Alfred, parecían haberse tomado más en serio el trabajo y eran los que en realidad ayudaban al padre.

Precisamente al que se llamaba como yo lo había conocido en el servicio militar. Por eso de que éramos de la misma ciudad y además tocayos, hicimos buenas migas. Después, una vez nos licenciarnos, continuamos viéndonos de vez en cuando. Y en uno de esos encuentros coincidí con Marian, amiga de la infancia de ellos.

Ahora, cuando me detuve delante de la puerta del Grant's, rogué para que a Rhonda Payne no se le hubiera ocurrido aquel día la idea de hacer novillos y largarse a uno de sus clubs.

Entré.

El local estaba a rebosar. Prácticamente no había mesas vacías.

Nadie se preocupó de mí, salvo el *maître*.

—¿Mesa, señor?

—No, gracias. Estoy buscando a una amiga.

—Oh, muy bien.

Se alejó de mí.

Yo continué desparramando mi mirada por el restaurante.

Al fin la vi.

Estaba sola.

Su melena pelirroja y sus brazos llenos de pulseras eran inconfundibles.

Me acerqué a ella sin que se diera cuenta porque estaba muy ensimismada.

—Hola, Rhonda —dije, y me senté en la silla de enfrente.

Ella alzó la vista. Poseía unos ojos verdes muy bonitos.

—¡Tú! —exclamó.

—Sssst —hice.

Con la servilleta se limpió los labios y luego balbuceó, entre sorprendida y asustada:

—¿Qué... qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo.

—¡Estás loco!

Apareció de nuevo el *maître*:

—¿Va a comer, señor?

—No, gracias —rechacé la carta.

El hombre se alejó de nuevo de mí.

—Toda la policía de la ciudad te busca.

—Lo sé. —Te atraparán.

—No aún.

—Has matado a dos personas.

—¿Tú lo crees?

—No sé qué pensar.

—Me he arriesgado a verte para solicitar tu ayuda. Ella tomó su copa de vino y bebió un trago. Nuevamente se pasó la servilleta por los labios.

—¿Qué deseas?

—Quiero saber cualquier cosa que te confiara Marian en las últimas semanas.

Ella frunció el ceño.

—Es importante —agregué—. Mi vida depende de ello.

—¿Por qué?

—Posiblemente ella te confiara la clave por la que la asesinaron.

—Hum.

—¿Qué dices?

—En las últimas semanas sólo me habló de un tema. —¿Cuál?— preguntó, ansioso.

—Tú.

—Oh, no.

—Mejor dicho: vuestro matrimonio.

—No, no. Tiene que haber otra cosa.

—Ella no hablaba de otra cosa. Estaba muy preocupada por la salud de su matrimonio.

—Algo más.

—No hay más, Peter.

Permanecemos en silencio durante un rato. Ella se dedicó a cortar el bistec que tenía ante sí.

—Como verás —me dijo sin levantar la vista del plato—, la clave que me proporcionó es la opinión general de la policía y de los medios informativos.

—No puedes pensar eso.

—Hum.

Se llevó un trocito de carne a la boca y lo masticó suavemente.

—¿Hablaste con ella el día de su muerte?

Asintió.

—¿Qué te contó?

—Lo de siempre. Había discutido contigo aquella mañana, al levantarnos.

—Es cierto.

—Lo reconoces, ¿eh?

—Eso no significa nada.

—O mucho.

—Rhonda, te encuentro extraña. Tú quieres ayudarme, ¿sí o no?

—Claro, Peter. Tú eras el esposo de mi mejor amiga. —Celebro que lo entiendas.

—¿Qué más quieres saber? —me preguntó, llevándose otro trocito de carne a la boca.

Sus labios lo absorbieron y sus menudos dientecillos lo trituraron.

—¿No te habló de otras cosas?

—Simplemente que se iba al Hogar del Abandonado. Era su día.

—Eso ya lo sé.

—Entonces sabes tanto como yo.

—¿Te dijo si pensaba hacer alguna cosa más?

—No.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

De nuevo bebió un trago de vino.

—¿Ni siquiera quieres tomar una copa?

—No, gracias.

Se encogió de hombros y se echó otro trocito de carne a la boca.

Yo me quedé meditando unos instantes. Poco o nada había sacado en claro.

Cuando ella terminó de deglutir el bocado, me preguntó:

—¿Qué pretendes con todo esto?

—¿Cómo que qué pretendo?

—Eso he preguntado.

—¡Pretendo hallar al verdadero culpable!

Ella sonrió.

—Tú sabes que yo quería mucho a Marian, Peter. —Sí.

—Mucho más de lo que ella imaginaba.

—Sí.

—Y su muerte me ha sentado como un tiro.

—Lo comprendo.

—Aunque me veas aquí comiendo y más o menos sonriente, estoy destrozada por dentro. —Lo imagino.

—Yo conocía a Marian desde que éramos niñas. Siempre habíamos ido juntas a todos lados.

—Sí, lo sé.

Unas lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Siempre... siempre le dije que tú no le convenías.

—¡Rhonda!

—Pero ella no me hizo caso.

—Vamos, Rhonda, tranquilízate. Y mide bien tus palabras antes de hablar.

—Sé perfectamente lo que digo, Peter. Todo esto que has venido a hacer conmigo no es más que una farsa.

—¡Rhonda, qué dices!

—La farsa de un enfermo mental.

—¡Rhonda! —extendí las manos sobre la mesa, apretando con fuerza hacia abajo—. Creo que tiene razón uno de los periódicos de la mañana —yo aún no los había leído—. Asegura que tu caso es el de un hombre que tiene perturbadas las facultades mentales. ¡Estoy convencida de ello! ¡Si no, no te hubieras presentado a hacer este numerito aquí, conmigo! ¡El asunto está la mar de claro! ¡Eres un asesino, Peter, aunque no lo quieras reconocer!

—¡Rhonda, serénate, te lo ruego! —supliqué, observando que ya algunos comensales miraban hacia nosotros, no porque entendieran las palabras de ella, sino por el murmullo que se iba levantando.

—¡La evidencia de las pruebas es aplastante!

—Lo siento, Rhonda. No se puede hablar contigo. Me voy.

—¡Tú la mataste, cerdo! —aulló como una loca, levantando su diestra armada con el cuchillo y dejándola caer fieramente sobre mi mano izquierda, aún extendida sobre la mesa, cuando yo ya iba a iniciar la retirada. Quería ensartármela para que no escapara.

Faltó muy poco, la verdad. El cuchillo se clavó en la mesa de una forma escalofriante.

Mis reflejos actuaron con gran celeridad.

—¡Al asesino! —chilló al ver que había fallado—. ¡Al asesino!

Yo ya corría hacia la puerta.

—¡Es Peter Boyle, el hombre que mató a su esposa! —continuó chillando.

En el restaurante se produjo algo así como la erupción de un volcán.

Todo el mundo se puso en movimiento. Escuché gritos, caídas de mesas y cubiertos, insultos...

Los de las mesas cercanas a la puerta llegaron antes a ella que yo.

Fueron tres hombres, mientras sus mujeres permanecían en las sillas admirando la valentía de ellos, los héroes que iban a detener al malvado asesino.

Yo no me anduve con chiquitas.

Saqué la pistola, que para algo la llevaba.

—¡Apártense o les regalo un postre de plomo! —rugí, pienso yo que con los ojos inyectados en sangre y la faz tensa y feroz de un hombre desesperado, acorralado como una fiera.

Las mujeres se desmayaron al ver la pistola y ellos prefirieron el melocotón en almíbar, pues se retiraron de la puerta.

—¡Avisen a la policía! —gritó alguien.

Esto fue lo último que oí antes de pisar la calle. Me guardé la pistola en un bolsillo de la chaqueta y eché a correr.

Nuevamente corrí por las calles de la ciudad. Hacía un espléndido sol y el cielo estaba raso, luciendo un magnífico color azul turquesa. Pero eso poco me importaba, yo corría y corría.

Cuando creí haberme alejado lo suficiente, detuve un taxi y le di una dirección cualquiera.

Me bajé frente al cine Tívoli y allí tomé un nuevo taxi.

—A Fulton Street —le di la dirección de una calle cercana al apartamento de Sue—. Sí, señor.

El taxista llevaba la radio encendida. Iba escuchando música de *jazz*.

—Hace calor, ¿eh, señor? —comentó cuando íbamos a la altura del City Hall, pues debía haber observado por el espejo retrovisor el sudor que perlaba mi rostro.

—Sí, sí —cabeceó—. Hace mucho calor.

—Una primavera calurosa. «Caliente»[1], que dirían los mexicanos.

—No lo sabe usted bien.

La música de *jazz* se vio cortada de pronto y en su lugar surgió a través de las ondas la voz de un hombre.

—Interrumpimos nuestro programa de *jazz* para dar una noticia de última hora. Peter Boyle, el peligroso asesino buscado por la policía, ha sido visto hace unos minutos en el conocido restaurante Grant's.

Tras un fracasado intento de asesinar a Rhonda Payne, hija del ilustre Jess Payne, propietario de los grandes almacenes Payne, logró huir tras derribar mesas, golpear a varios comensales y crear una gran confusión. Parece ser que ha cambiado de vestimenta. Ahora lleva un traje de chaqueta gris, corbata azul marino y usa gafas de sol. Recordamos que sus señas particulares son las siguientes: veintinueve años de edad, uno ochenta de estatura,

fuerte complexión, unos ochenta y cinco kilos de peso, pelo castaño, rizado, ojos oscuros y una especie de mancha o peca grande en la mejilla izquierda, bajo el ojo. Rogamos que quien haya visto a este hombre lo comunique rápidamente al Police Department. Y ahora, continuamos con nuestra música de *jazz*...

El taxista, muy pálido, giró su cabeza para mirarme mejor.

—Sí, amigo —le dije con una sonrisa torcida y mostrándole la pistola—. Usted ha sido agraciado con el premio gordo.

—¿A... adónde, señor? —tartajeó.

Miré por la ventanilla y dije:

—Aquí mismo.

No había visto ningún auto patrulla, y a la vuelta de la esquina, en dirección contraria a la que llevaba el taxi, sabía que había una parada de autobús. El taxista no me vería.

Frenó el coche junto al bordillo de la acera.

Eché mano del dinero que había trasplantado de la gabardina a la chaqueta. Le alargué al taxista con mi mano izquierda un billete.

—Ahí tiene. Por la carrera y el susto.

Me bajé del coche con la pistola ya en el bolsillo de la chaqueta.

—Circule y no frene o se ponga a chillar porque convierto esta plaza en una carnicería, empezando por usted —le dije por el hueco de la ventanilla.

Me molestaba soltar todas estas amenazas de matón, pero no había más remedio. La gente, en un tanto por ciento muy elevado, es muy poco comprensiva y sólo entiende el lenguaje del palo y de la amenaza.

El taxi empezó a rodar.

Yo me alejé corriendo en dirección opuesta, doblé la esquina y llegué a la parada de autobús.

La suerte estuvo conmigo.

Llegó uno al instante.

Subí a él y saqué un billete de veinte centavos. Me coloqué entre la masa de gente apretujada que ocupaba el pasillo central.

Al final, sin ningún tropiezo, me bajé en Washington Avenue.

Eché a andar unas manzanas, hasta llegar a la perpendicular Damon Street. Entonces me introduje en una cabina telefónica y llamé al apartamento de Sue.

Ella ya estaba en casa.

E hicimos lo que habíamos planeado por la mañana, mientras desayunábamos.

Llamó al conserje de su edificio con una excusa trivial y gracias a eso yo me pude colar sin ser visto. Esperé en el piso de abajo al de ella a que el conserje se largara y entonces subí.

CAPÍTULO VI

—Es una histérica —dije, jadeando aún, una vez hube entrado en el apartamento de Sue—. Continúa siendo una histérica de cuidado.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó ella.

Se lo expliqué cuando nos instalamos en el *living-room*.

—Total, nada —resumí, fastidiado—. Sustos y más sustos, pero nada positivo.

—He preparado el almuerzo —dijo ella.

Entonces me fijé que la mesa estaba puesta. Nos sentamos a comer.

—¿Cuál va a ser tu próximo paso? —me preguntó mientras tomábamos café—. Las ropas de poco te han servido. De nuevo estás descubierto.

—Lo sé.

—¿Quieres que te consiga otras?

—No. Tendrías que comprarlas, pues imagino que mi chalet estará rodeado de polis. Y eso sería llamar la atención.

Encendimos unos cigarrillos.

—Seguimos sin un rayo de luz —dijo ella.

Me alegré de que hablara en plural, incluyéndose.

—Todo esto es una puerca trampa —exclamé, irritado, soltando dos chorros de humo por las fosas nasales.

—La vida es una trampa —filosofó ella—. Mejor dicho, una cadena de trampas. Todos los días estamos cayendo y saliendo de ellas... hasta que al final tropezamos con la última, con la invencible.

—Cierto —asentí—. Y alguien se ha propuesto que ésta sea esa fatídica última trampa para mí.

—Pero puedes salir de ella. Es cuestión de voluntad y esperanza. No te vas a rendir.

—Claro que no, Sue. Pero como nunca sabemos cuál es la trampa definitiva...

—Ahí radica el interés de la vida El hombre cae, grita esperanza y sale, vuelve a caer, grita esperanza y sale, y así sucesivamente hasta que lo atrapa el cepo mortal. La vida no es más que un juego.

—Sí, pero la duda que yo tengo es si los que se divierten con el juego somos nosotros... u otros.

—¿Te refieres a Dios?

—A Dios, Alá, Buda, o vete tú a saber. Puede ser cualquier macaco en otro sistema, en otro plano, que nos está dando vida y nos mueve como quiere. ¿Somos jugadores independientes o jugadores manejados? ¡Oh, bueno, dejémonos de cavilaciones trascendentales y vayamos a lo que nos interesa!

—Otro día seguiremos con el tema.

—Si estoy vivo.

—¡Bah, no seas pesimista!

—Es que no veo el hilo que me pueda llevar al ovillo. Según Rhonda Payne, y no creo que en esto me haya mentido, Marian, mi esposa, sólo estaba preocupada por su matrimonio. O sea, por mí y por ella. ¿Sabes lo que significa eso?

—Que tú eres el principal sospechoso.

—Más que eso: soy el asesino. Ya lo piensa todo el mundo: mis enemigos, mis amigos, mis conocidos, mis conciudadanos...

—Yo no pienso así.

—Lo sé, Sue. Y te lo agradezco.

Ella sonrió y apagó su cigarrillo.

Yo pregunté:

—Por cierto, ¿no has comprado los periódicos?

Ella titubeó.

—¿Por qué dudas?

—Bueno, pues...

—¡No me digas que los has escondido!

—Es que...

—Vamos, mujer, sácalos. No me voy a espantar. Rhonda Payne ya me dio un adelanto.

Anda, tráelos.

Fue a por ellos. Yo apuré mi cigarrillo y luego lo apagué.

Los periódicos eran cuatro.

El *Chronicle*, con gran alarde tipográfico, titulaba: «Un psicópata anda suelto por la ciudad». Y luego subtitulaba: «Peter Boyle, desquiciado mentalmente por el inminente divorcio que lo hubiera dejado con lo puesto, mata a su esposa y más tarde al principal testigo del caso».

El *Sun*, también con letras de molde y un par de signos de admiración, titulaba: «¡¡Peligro en la ciudad!!». Y luego subtitulaba: «Marian Boyle, gentil hija del que fuera un prohombre de esta ciudad, Rufus Tanner, asesinada salvajemente por su esposo».

Por su parte, el *Courier* se despachaba de la siguiente forma: «¿Dónde está la ley y el orden?». «Un asesino loco escapa por culpa de este sistema policial blando y enclenque».

Y por último, el *Post* le dedicaba al asunto tres titulares de distinto tamaño: «Crimen en sociedad»... «Los capitalistas también matan»... «Una vez más, el dinero nos muestra la podredumbre del sistema».

Para mayor aclaración les diré que el primer periódico vendía sensacionalismos, el segundo estaba en manos de la aristocracia y la *jet society* local, el tercero servía los intereses de la derecha y el cuarto los de la izquierda.

Aquella era la prensa de la ciudad. ¡Qué póquer!

Estaba tan indignado que me lo tomé con infinita calma Dije sencillamente:

—Cuando se te acabe el papel higiénico, coloca éste.

Ella los retiró silenciosamente.

—¿Tienes *whisky*? —pregunté.

—Sí.

—Ya sabes que no suelo beber alcohol, pero ahora creo que necesito un trago. Ella abrió un armarito del mueble biblioteca que ocupaba la pared de enfrente. Sacó un vaso largo, cilíndrico y una botella de «Johnnie Walker».

—¿Tú no bebes?

—No.

Dejó vaso y botella sobre la mesa y yo me serví. Bebí pausadamente, notando cómo el alcohol me quemaba por dentro. Pensé que era una forma de quemar también toda la ira que me embargaba.

—¿Qué vas a hacer, Peter?

—No lo sé.

Me serví otro vaso.

Ella colocó una de sus manos sobre la mía.

—¿Crees que beber te va a dar ideas?

—Tampoco lo sé. Estoy probando. Luego te diré.

—¡Oh, Peter!

Sus cuidadas y largas uñas arañaron mi piel, en un roce afectuoso.

—¡Oh, Peter! —Le imité la lamentación—. ¿Sabes cómo me encuentro? ¡Con la sogá al cuello!

—Lo sé, lo sé...

—¿Y sabes cuánto tardarán en dar conmigo? No creas que mucho. Ya me imagino al cabrito del teniente Buck Taylor cavilando como un condenado, tratando de pensar dónde infiernos estoy. Más pronto o más tarde, tu nombre acudirá a sus mentes y entonces yo estaré perdido.

Bebí el segundo trago, esta vez de un tirón. Dejé el vaso y coloqué mi mano sobre la de ella. Nos miramos muy fijamente.

—Sue, creo... creo que debo irme de aquí —dije—. Al final acabaré comprometiéndote.

—No, Peter.

—Sí, Sue. Si los chacales la toman también contigo, ya nada tendrás que hacer en esta ciudad.

—Me iré.

—¿Adónde?

—Me iré contigo.

—¿Conmigo? —Reí sin ganas—. Mi destino está muy negro en estos momentos, Sue.

Además, ¿por qué?

—¿Necesitas que te lo diga?

—No.

—¿Ni siquiera te interesa?

—No sé. Es muy pronto.

—Lo comprendo.

—Bueno, creo que podemos retirar las cosas de la mesa, ¿eh? —Le di una palmada en la mano y luego me puse en pie.

Ella también se levantó y en silencio fuimos retirándolo todo.

Sue consultó su reloj.

—Ya me queda poco tiempo —dijo, contemplando la fregada.

—Si te fías de mí, puedo ponerme manos a la obra.

Ella sonrió.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó—. ¿Vas a estar toda la tarde aquí metido?

—No.

—¿Entonces...?

—Iré a visitar el último sitio en que estuvo Marian aquel día trágico.

—¿Qué sitio?

—El Hogar del Abandonado.

—Ah, ya. Eso lo fundaron entre varias amigas, ¿no?

—Exacto. Entre Marian, Rhonda Payne, Lana Ferguson, Irene Hutchinson y Louise Morse. Cinco importantes hijas de papá que decidieron hacer una buena obra. Crear un nuevo hogar para los niños abandonados.

—Sí, lo sé muy bien.

—Cada una de ellas se turnaba semanalmente. O sea, cada semana le tocaba a una ir allí a supervisarlo todo. Ese día le tocó a Marian, como ya te he dicho. Fue el último sitio en el que estuvo. Voy a ir allí a preguntar a las encargadas. Tal vez hablara con alguna de ellas y le revelara algo. Qué pensaba hacer después, si tenía alguna cita, en fin, algo. —Me parece muy arriesgado, Peter.

—¿Por qué?

—Tú mismo me has dicho que ya tienen todos tus datos, incluso los de la nueva ropa, según el boletín de radio que escuchaste.

—Es cierto.

—Creo que no debes salir a la calle.

—¡He de salir! —exclamé—. Permanecer aquí dentro no resuelve nada. Tal vez la encargada-jefe o alguna de las asistentes sepa algo.

—Iré yo —dijo resueltamente Sue, sorprendiéndome.

—¿Tú?

—Eso he dicho: yo.

—Has de ir al trabajo.

—Me excusaré alegando una jaqueca.

—Sospecharán.

—¿Por qué? Muchas veces lo he hecho.

—Ah, vaya, así te excusabas cuando no tenías ganas de trabajar, ¿eh?

Los dos reímos.

—La oficina ya no es problema —dijo ella después, una vez hubo telefonado.

—Lo es el Hogar del Abandonado.

—No me presentaré como Sue Lansing, secretaria de míster Peter Boyle.

—¡Pero te pueden reconocer!

—No lo creo. Jamás he estado allí. Ni siquiera he tenido tratos con su personal.

—Bien. ¿Qué ideas te bullen por la cabeza?

—Pienso que podré pasar muy bien como Dorothy Power, *freelance*, ya sabes, una especie de reportero libre que luego vende al mejor postor. El reportaje que preparo será, por supuesto, los crímenes del desequilibrado Peter Boyle. Y a nadie extrañará que yo haga preguntas tratando de reconstruir lo que sucedió aquel trágico día. ¿Estás de acuerdo?

Ustedes ya saben: a una mujer no se le debe decir no.

CAPÍTULO VII

A continuación relato todo cuanto sucedió durante la visita de Sue al Hogar del Abandonado, tal como me lo contó ella horas más tarde.

«Con mi viejo “Chevrolet” me trasladé hasta el final de Hillside Drive, casi en las afueras de la ciudad, donde se levantaba el Hogar del Abandonado.

Era un moderno edificio de cuatro plantas, rodeado de amplios jardines y campos de juegos para niños.

Aparqué en el pequeño parking y ya en recepción solicité hablar con la encargada-jefe.

Ésta resultó ser una mujer de mediana edad, todavía bella y escultural, de cabellos Castaños y ojos negros como el azabache. Se llamaba Ruth Burton y desde el primer momento, nada más hechas las presentaciones, se mostró muy solícita.

—Una mujer free-lance —comentó mientras tomábamos asiento en su despachito— eso es muy interesante. Jamás había conocido a una, señorita Power.

—No soy la única —reí yo.

—¿Y exactamente... qué es lo que desea?

—Ya le he explicado al principio que estoy preparando un gran reportaje sobre los crímenes de Peter Boyle. Me parece un tema al cual, dado mi estilo, le puedo sacar bastante partido.

—Ajá —dijo ella.

—Aparte de estar trabajando en la elaboración de las vidas de los dos principales protagonistas, Peter y

Marian Boyle, y del secundario, Paul Stewart, estoy tratando de reconstruir el día en que ocurrió el crimen de la mujer. Qué hizo cada uno de ellos en ese día.

—Ajajá —volvió a decir.

—Por eso me he personado aquí. Según me han informado, Marian Boyle vino al Hogar del Abandonado ese día.

—Sí, es cierto —asintió—. Precisamente ese día le tocaba a ella venir a repasar el funcionamiento del Hogar. Por si no lo sabe, le diré que este Hogar fue fundado gracias al esfuerzo, entusiasmo y generosidad económica de cinco distinguidas mujeres de esta ciudad: Louise Morse, Marian Boyle, Irene Hutchinson, Lana Ferguson y Rhonda Payne. Su propósito no es otro que recoger a los niños abandonados. Estos niños suelen ser en su mayor parte hijos de madres solteras, hijos de prostitutas o hijos de matrimonios muy humildes, tan humildes que cuando sobrepasan la pareja los demás los traen aquí. Unos son abandonados por ahí, en las mismas calles, sin ningún miramiento, otros en nuestra puerta, pero la mayoría de ellos son traídos por sus propias madres. El Hogar se encarga de cuidarlos, educarlos y también, cómo no, de buscarles unos nuevos padres...

—Muy bien, muy bien —la interrumpí para tratar de intercalar el tema que a mí me interesaba, pero la encargada no me dejó y continuó con su historia.

—Un miércoles de cada semana se pasa por aquí una de estas distinguidas mujeres para dar el visto bueno a la administración, el papeleo burocrático, el trato a los niños y todo cuanto se realiza en el Hogar y tiene que ver con él.

—He tomado nota de todo —dije sonriente, aprovechando el respiro que se tomó.

En una libretita iba escribiendo taquigráficamente

(para algo soy secretaria, ¿no?) cuanto iba diciendo. Yo me decidí ir al grano, pero una vez más se me adelantó.

—Como habrá podido observar antes de entrar, el Hogar cuenta con unos terrenos magníficos, alejados de la urbe, por lo que la contaminación es mínima. Contamos también con un cuadro muy competente de médicos y psicólogos que hacen chequeos y estudios mensuales a los niños. Aparte de eso, hay una encargad» jefe que soy yo y un grupo de quince asistentas divididas en tres fracciones de cinco que se turnan cada ocho horas. Por último —yo suspiré, aliviada—, he de decirle que de un tiempo a esta parte hemos observado un descenso paulatino en el número de niños abandonados. Y esto es debido, sin lugar a dudas, al abuso de los anticonceptivos y del aborto. En fin, esto es cuanto a grosso modo puedo contarle respecto a esta magna obra. Creo que es bueno que la gente sepa de ella, ¿no le parece?

—Sí, sí —cabeceé repetidamente.

Parecía que la buena mujer ya se había dado por satisfecha, soltándome toda la propaganda del Hogar del Abandonado, y ahora podría yo ya empezar con mis preguntas.

—Y bien, señorita Power, ¿qué más desea saber?

En efecto, podía.

—Como ya le he dicho antes, quiero reconstruir cuánto hizo Marian Boyle aquel día. ¿A qué hora llegó aquí?

—Calculo que sobre las diez de la mañana.

—¿Y qué hizo?

—Vino directamente a mi despacho, aquí. Había mucho papeleo que resolver.

—¿Estuvo con usted todo el rato?

—Sí. Permanecimos juntas hasta la hora de almorzar.

—¿No salió ella para nada?

—No, no.

—¿Está segura?

—Segura.

—¿Recibió alguna llamada telefónica?

—No.

—¿Está segura?

—Segura, sí.

—¿Telefonó ella a alguien?

—En absoluto.

—¿Está segura?

—Con plena seguridad.

—¿La encontró nerviosa?

—No.

—¿Tal vez distraída?

—No.

—¿Se mostró preocupada por algo?

—Sólo me hizo un leve comentario acerca de su matrimonio, de su esposo. Nada sin la mayor importancia, aunque luego se ha demostrado que su marido es de cuidado.

Bueno, aquello solo servía para hundir un poquito más a Peter Boyle.

—¿No habló de otra cosa, aparte de los asuntos del Hogar?

—No. Realmente teníamos mucho trabajo y estuvimos casi por completo entregadas a él.

—Ya veo. Bien, ¿qué hizo cuando llegó la hora de almorzar?

—Las dos fuimos al comedor general.

—Ah, ¿no se fue?

—No. Aún no habíamos terminado con todo, así que decidió quedarse a almorzar aquí para continuar más tarde.

—Comprendo. ¿Cómo fue el almuerzo?

—Normal. Estuvimos departiendo alegremente con los niños y las asistentas.

—¿Nada llamó su atención?

—Pues..., no.

—Parece que duda.

—Bueno, es que quiero estar completamente segura de cuánto digo. En lo referente a las horas que pasamos juntas aquí, en mi despacho, no tengo la menor duda, puesto que no me pasó nada desapercibido; estábamos las dos solas. Ahora bien, allí en el comedor... Realmente no se lo puedo asegurar. Eramos tantas personas...

—Entiendo, entiendo.

—De todas formas, yo no observé ninguna anormalidad en su comportamiento mientras estuvimos comiendo.

—¿Y después?

—Luego regresamos al despacho y terminamos la faena.

—¿Sin que sucediera nada llamativo?

—No, en absoluto.

En ese preciso instante, sonó el interfono.

Ruth Burton movió la palanquita y dijo:

—¿Sí?

—Señorita Burton, haga el favor de acudir a la planta tercera.

—Ahora tengo visita, Cora.

—Es urgente, señorita Burton.

La encargada jefe me miró.

—No se preocupe por mí —la disculpé—. No tengo ninguna prisa.

Ruth Burton sonrió.

—Ya voy, Cora —dijo por el interfono, y regresó la palanquita a su sitio. Se puso en pie—. En seguida vuelvo con usted.

—Tómese todo el tiempo que quiera. Su trabajo es lo primero.

—Hasta ahora mismo.

Salió del despacho y yo me entretuve en curiosear con la mirada todo cuanto había en la habitación. Luego aún tuve tiempo de buscar telarañas por el techo porque Ruth Burton tardó media hora en volver.

No encontré ninguna telaraña y la encargada jefe regresó un poco tirante, casi diría también que distante. ¿Había sucedido algo?

En fin, yo fui a lo mío cuando ella tomó asiento.

—Nos habíamos quedado en la vuelta de ustedes dos al despacho. ¿Recuerda?

—Sí, sí.

—Me dijo que todo fue normal.

—Exacto.

—¿No hubo llamadas telefónicas ni comentarios sobre su vida particular?

—No, señorita Power.

—¿Y a qué hora se fue?

—Serían las cuatro de la tarde, más o menos.

—Eso nos da un margen de cinco horas y medir hasta su muerte.

—Sabe muy bien a qué hora murió Marian Boyle.

—Por supuesto, es mi trabajo.

—Sí, claro.

—Cuando se despidieron, ¿le dijo si iba a su casa o a otro lado?

—No hizo ningún comentario al respecto.

—Está bien —exclamé poco satisfecha de los resultados obtenidos—. Tendré que averiguar en otra parte qué hizo Marian Boyle durante todo ese tiempo.

—Posiblemente regresara a su casa... y cuando llegó su marido, la mató.

—Bueno, tendré que confirmarlo.

—Usted más bien parece una detective.

—A veces los reporteros tenemos que ejercer de detectives.

—Es una profesión muy interesante, ¿eh?

—A mí me encanta.

—¿Gana mucho dinero?

—El suficiente.

Me levanté del asiento porque la conversación estaba tomando unos derroteros que no me interesaban.

—Celebro haberla conocido, señorita Burton —le dije, alargando mi diestra—. Ha sido usted muy amable conmigo al concederme unos minutos de su tiempo de trabajo.

—Oh, no ha sido nada.

—De nuevo gracias.

Ella también se puso en pie y me acompañó hasta la puerta. La abrió.

—¿Quiere que la acompañe?

—No, sé ir. Recuerdo perfectamente el camino.

—Muy bien.

Yo le dediqué una sonrisa y luego di media vuelta.

—¡Eh, señorita Power! —me llamó de pronto.

Giré rápidamente.

—¿Sí?

—Algo me ha venido a la cabeza.

—¿Sobre qué?

Por un instante, no sé por qué razón, temí verme descubierta.

Creo que en esos segundos experimenté ese ramalazo de miedo que siente cualquier persona que sabe que está engañando.

—Sobre Marian Boyle —me respondió, y mi alivio se confundió con mi alegría.

Me acerqué a ella casi corriendo.

—Dígame.

—Ahora he recordado algo que tal vez le sea importante.

—Se lo agradezco de antemano. Explíquese.

—Marian Boyle tenía mucha amistad con una de las asistentas del Hogar.

—No me diga.

—Sí, sí.

—¿Quién?

—Una chica llamada Ann Sheridan.

—¿Está aquí?

—No. Ya terminó su turno. Hasta mañana a las seis no vuelve a entrar.

—Vaya. ¿Y está segura que era amiga de Marian?

—Sí. Y además, recuerdo otra cosa. Ese día, el día que Marian Boyle murió, Ann Sheridan almorzó con nosotras. Para ser más exacta, Ann Sheridan se sentó a su lado, a su derecha. Con toda seguridad hablarían entre ellas, yo eso ya no lo recuerdo bien. Tal vez a la asistente le contara algo interesante para su reportaje.

—No sería mala idea visitarla.

—Puedo proporcionarle su dirección.

—Estupendo.

—Venga adentro y consultaré el fichero.

Regresamos al interior del despacho y mientras ella buscaba en la gaveta de «Personal», yo de nuevo saqué mi libretita y mi bolígrafo.

—Aquí está. Ann Sheridan. 143 de Turner Street.

Tomé nota.

Una vez más, le di las gracias.

—¡Le deseo que su reportaje sea todo un éxito, señorita Power! —Fue lo último que le oí decir.

CAPÍTULO VIII

—Menos mal que a última hora se acordó de esa tal Ann Sheridan —comentó Sue, una vez me hubo relatado toda su visita —, porque si no, los resultados hubieran sido muy desalentadores.

—En efecto.

—¿Habías oído hablar de Ann Sheridan?

—No.

—La señorita Burton me aseguró que era muy amiga de tu mujer.

—Su amistad debió nacer en las últimas semanas. Antes seguro que no, porque Marian me lo hubiese comentado.

—Bien. ¿Qué vamos a hacer?

—Yo voy a ir a visitarla.

—¿Tú?

—Sí, yo. Está ya oscureciendo, lo cual puede facilitar mis movimientos. Y por otro lado, esa chica, Ann Sheridan, no creo que me conozca. Al menos estoy seguro que nunca nos han presentado.

—Pero cualquier ciudadano te puede reconocer, Peter. Tu foto ha salido en los periódicos y en la televisión.

—He de moverme, Sue. No voy a dejar que tú lleves todo el peso. Te estás ya arriesgando mucho. No quisiera verte encarcelada por mi culpa.

—¡Oh, vamos!

—Imagino ya los titulares: «Sue Lansing, la secretaria del asesino demente, era quien escondía en su apartamento a éste». —¡Por favor, Peter!

—Incluso algunos llegarían más lejos e insinuarían relaciones secretas e íntimas entre tú y yo a espaldas de Marian, con lo cual habría una nueva razón para el crimen.

—Al menos déjame que te acompañe. Mi coche es viejo y no llama la atención. No tendrás que correr el peligro de ir andando,

en taxi o en autobús. Puedes ir tumbado en el asiento posterior y nadie te verá hasta que llegues al sitio de destino.

—Está bien, pesada.

—¡Gracias!

Y si no llega a ser por el drama que había tras aquella situación se habría puesto a palmotear como una niña feliz y gozosa.

—En marcha. 143 de Turner Street.

—Antes tendremos que repetir el truco del conserje, para que éste no te vea.

—Es verdad. Yo salgo del apartamento y quedo a la expectativa, tú lo llamas y entonces aprovecho para abandonar el edificio.

—¡Al menos hay algo divertido en todo esto! —exclamó, riendo.

Yo me coloqué la chaqueta, comprobé que la pistola continuaba en su sitio y salí del apartamento haciéndole una seña de despedida a Sue.

Todo fue bien.

Llegamos al número 143 de Turner Street sin ninguna novedad.

Las primeras sombras de la noche ya habían caído sobre la ciudad, envolviéndola en un manto de penumbra, y eso favorecía mi aparición por las calles.

Sue se empeñó también en venir conmigo arriba.

El portal estaba abierto y una mujer gordinflona que hacía las veces de portera sacó su cabeza por el hueco del cuchitril que ocupaba al oír nuestros pasos.

—¿Qué desean? —preguntó.

—Venimos a ver a la señorita Sheridan —dijo Sue.

—Ah. Piso cuarto, puerta 12.

—Muchas gracias.

Tomamos el ascensor y con él nos plantamos en el piso cuarto.

Yo pulsé el botón de llamada de la puerta doce.

Sue comentó, extrañada:

—¡Está abierta!

Y con una mano empujó la hoja de madera.

Nos quedamos mirando el interior oscuro.

—Esto no me huele bien —dijo, frunciendo el ceño.

—¿En qué piensas?

—En todo y en nada.

—¿Pasamos?

—Sí. Salgamos de dudas.

—No parece que haya nadie. Ninguna persona ha acudido a tu llamada.

Nos adentramos y yo tanteé la pared buscando el interruptor de la luz.

Sue cerró la puerta.

Al fin hallé el interruptor y la luz se hizo en el pequeño recibidor.

—Creo que deberíamos largarnos —opinó Sue.

—Da la impresión de no haber nadie —comenté mientras caminábamos por el pasillo—. Si es así, esperaremos a que llegue Ann Sheridan. Ya que me he arriesgado a salir, no voy a volver a tu apartamento con las manos vacías.

Cuando Sue dio la luz en el *living-room* no pudo evitar una exclamación de asombro y horror.

Yo me quedé inmóvil como una estatua.

He de confesar que no me impresioné. Ya era el tercero que se cruzaba en mi camino y la condenada racha parecía no acabar nunca.

En efecto, en el *living-room* había un cadáver.

Era una mujer joven, morena y con sugestivas curvas. Vestía un *déshabillé* muy transparente y calzaba unas sencillas zapatillas de estar por casa. En el cuello, en vez de un collar, alguien había tenido la fatal ocurrencia de colocarle el cordón de las cortinas... y se había excedido a la hora de ajustárselo.

El aspecto de la joven era mucho más deplorable que el de Paul Stewart. El asesino debía haber sido un chapucero y el sufrimiento de la chica horrible.

Yo me acerqué más a la muerta. Empecé a mirarla muy fijamente. La observé de frente y de perfil. También clavé mi mirada en sus manos. Las manos, tanto en hombres como en mujeres, pueden ser de una gran ayuda para reconocer personas.

Me volví hacia Sue que estaba muy pálida.

—Acabo de dar con la chica del cabello platino —dije sin ninguna emoción en la voz—. Ésta es.

—¿CÓ... cómo...?

—Que ésta es la chica que me hizo perder aquella media hora larga el día del crimen de Marian. Entonces debió usar peluca y

lentillas.

—Sylvia Morgan —dijo como un susurro.

—Así es. Sylvia Morgan y Ann Sheridan son la misma persona.

—Suponiendo que ésta sea Ann Sheridan.

—Me temo que sí. Y también me temo otras cosas.

—¿Qué?

—Que esto sea una nueva trampa. ¡Vámonos de aquí! —decidí, de pronto.

La tomé por un brazo y corrimos hacia la puerta del piso.

—Ya nada tenemos que hacer en este lugar —le dije por el pasillo.

—Pero una trampa, ¿de quién? —me preguntó ella—. ¿De la señorita Burton?

—Tal vez.

Abrí la puerta y entonces dos pistolas nos empujaron de nuevo adentro.

CAPÍTULO IX

Detrás de las pistolas iban el teniente Buck Taylor y Bottoms, su silencioso detective. Este último cerró la puerta.

—Qué sorpresa, ¿eh? —rió cavernosamente el teniente de la Brigada de Homicidios.

—No tanta —dije yo, separándome de Sue, quien en un principio se había abrazado a mí—. Tenía el presentimiento de su aparición.

—¿Ah, sí?

—Está claro que la gente de esta maldita ciudad me quiere muy mal.

—Oh, vaya con el pobre muchacho —se burló.

—¿Quién le avisó? —le espeté.

—La portera del edificio.

—Hum.

—Le reconoció al instante, Boyle.

—¡Qué buena vista tiene la señora!

—¿No se lo cree?

—Sí y no. Ha aparecido usted demasiado de prisa, como si estuviera a la vuelta de la esquina.

—Nuestros coches son rápidos.

—Y también ha sido muy oportuno.

—¡No me diga!

—Otra vez me ha pillado con todas las de perder. —¿Eso quiere decir que hemos llegado tarde?

—Eche usted mismo una ojeada.

—¡Bottoms! —Ladró.

El silencioso detective comprendió en seguida y desapareció de nuestra vista, camino del *living-room*.

Ahora sólo tenía al teniente frente a mí, pero el muy cabrito era duro de sorprender. No se movía un ápice y me tenía muy bien

cubierto. Yo hubiera preferido que él se hubiera ido a ver a la muerta y que Bottoms se hubiese quedado... Mucho me temía que no iba a tener oportunidad alguna de sorprenderle.

El teniente miró entonces a Sue.

—Usted es Sue Lansing, la secretaria particular de Peter Boyle...

—Sí, teniente.

—La recuerdo muy bien.

—Tuvimos el gusto de conocernos al día siguiente del crimen, durante sus investigaciones.

—Usted corroboró la hora en que Peter Boyle salió de la oficina.

—Eso es.

—Y ha ido demasiado lejos, señorita. Ha estado protegiendo a un asesino.

—¿Por qué dice eso, teniente? —tercié yo.

—¿Acaso no es verdad?

—Puedo haberla obligado.

—Vamos, déjese de tonterías. Fui testigo de cómo se abrazó a usted nada más aparecimos Bottoms y yo.

—Puedo haberla obligado —insistí.

—¿Con qué?

—Con una pistola.

—¿Usted con una pistola?

—¿No se lo cree?

—Usted no tiene pinta de hombre de pistola.

—En cambio, sí de asesino demente.

—A las pruebas me remito.

—Yo no he matado a nadie.

—¡No, qué va! Usted es un bendito hombre de Dios que ahorra a otros de las penalidades de este perro mundo. Toda su labor es una obra de misericordia.

—¡Déjese de bromas!

—¿No querrá que me lo tome en serio?

—¡Mi vida está en juego!

—Desgraciadamente, su vida ya no vale nada.

—¡Alguien tiene que escucharme!

—El psiquiatra lo hará gustosamente.

—¡Yo no estoy loco!

—Eso lo dicen todos.

—¡Esto no es más que una odiosa maquinación contra mi persona!

—¿Ve como está loco? Es usted el caso típico del hombre que ve enemigos en todas partes. Seguro que piensa que todo el mundo está contra usted.

—¡Es la verdad!

—No se preocupe, Boyle. La verdad la encontrará en la silla eléctrica.

El silencioso detective Bottoms apareció en esos instantes, interrumpiendo el diálogo.

—La chica, fiambre —dijo escuetamente.

Y entonces tuvo la mala ocurrencia de cruzarse entre el teniente y yo.

No desaproveché la ocasión.

El recuerdo de la silla eléctrica me convirtió en un héroe desesperado.

Esgrimí mi pistola, aprovechando que el teniente no me veía y que Bottoms estaba de lado. Me abalancé sobre el detective, atrapándolo con el brazo izquierdo por el cuello y haciendo presión.

—¡Las armas al suelo! —chillé.

Bottoms la soltó al momento, horrorizado al sentir el cañón de mi pistola apoyarse en su sien.

El teniente se quedó dudando, sin dejar de apuntarme con su arma.

—No querrá que el amigo Bottoms engrose mi lista negra, ¿verdad? —Sonreí ferozmente.

—Teniente, yo... —balbuceó el detective, entrándole el tembleque.

—Tranquilo, Bottoms —le cortó en seguida el teniente, dejando caer la pistola—. Cierra el pico que no pasa nada.

—Me alegra que sea comprensivo —dije.

—No va a poder salir de aquí, Boyle. Tengo rodeada toda la manzana.

—¿Vino con todo el Police Department detrás?

—Y esta vez no habrá escapatoria por la parte de atrás —añadió sin hacer caso a mi pregunta.

—Muy bien. Tú, Sue, recoge las pistolas de los señores policías. Y hazlo con cuidado, no vayas a cometer la misma torpeza que

Bottoms.

La asustado Sue así lo hizo. Se quedó con las armas en la mano.

—Y ahora, teniente, retírese de la puerta.

Me obedeció sin perder su sonrisa.

—Se está cavando la fosa, Boyle.

—¿De verdad? —ironicé, poniéndole humor a la cosa.

—Si continúa por ese camino no llegará a un juicio.

—¿No me ha pronosticado ya la silla eléctrica, teniente? Puestas así las cosas, prefiero terminar tratando de resolver este galimatías.

Además, me es igual acabar a tiros.

Solté al detective Bottoms, empujándolo hacia la puerta.

—Atienda bien, detective —le dije—. Va a bajar a la calle y dará orden de que todas las unidades policíacas se retiren.

—¡No hará eso, Bottoms! —tronó el teniente—. ¡Yo se lo ordeno!

—Si usted ordena eso —le dije, muy lentamente—, también ordena su muerte.

Y le apunté a la cabeza.

Buck Taylor se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—No sería capaz de matarme.

—No haga apuestas, teniente. Es usted muy malo en ellas. Recuerde lo que dijo acerca de si yo tendría pistola.

—¡No me matará! —insistió.

—¿Por qué no? Si he matado a tres personas, ¿qué importa una cuarta?

—Matar a un policía...

—Déjese de cuentos, teniente, y métase esto en la mollera. Me siento como una fiera acorralada a la que una multitud de cazadores están dispuestos a matar. En esas circunstancias, importan poco los medios para salir de la trampa.

Eso pareció convencerlo.

—Está bien. Bottoms, obedece.

—Así me gusta. Usted, detective, ordenará también que nadie nos siga. Nos llevaremos al teniente y no lo soltaremos hasta estar seguros de que nadie va tras nosotros. ¿Entendido?

Asintió.

—Hale, váyase. Bajaremos dentro de cinco minutos.

Bottoms se hizo humo.

El teniente carraspeó para aclararse la garganta.

—Mire, Boyle —dijo luego, con voz amigable—. No empeore las cosas. Si se entrega, prometo ayudarle.

—¿Con el psiquiatra y todo eso? Oh, no, gracias, teniente.

—Le doy mi palabra.

—Me río de su palabra. En esta maldita ciudad no hay apenas nadie dispuesto a ayudarme. Algo sucio y gordo se esconde tras este asunto de crímenes y voy a descubrirlo, aunque me vaya la vida en ello.

—Desvaría, Boyle.

—Diga lo que quiera.

—Usted es un loco con aires de grandeza.

—Ya veremos al final.

—Morirá, Boyle.

—Cambiemos de tema, teniente.

—Y esta estúpida muñeca que le ha ayudado también se llevará lo suyo. —Miró con rabia a Sue, quien continuaba empuñando firmemente las pistolas de los policías.

—Se tragará esas palabras, teniente —mascullé.

—No me asustan sus baladronadas.

—Lo veremos —sonreí torcidamente. Luego me dirigí a Sue—: ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Tres minutos.

—Muy bien.

—¿Por qué ha matado a la chica del apartamento? —me preguntó el teniente.

Tal vez pretendía dar conversación para ver si teníamos algún descuido. Pero iba listo.

—Yo no la he matado.

—Fue mi tía, ¿eh?

—Me importa un rábano lo que piense.

—¿Qué le había hecho? ¿Qué relación la unía a usted?

—Ella era la chica del cabello platino.

—Oh, vaya. La chica de la coartada.

—Exacto, teniente. Y como comprenderá en seguida es una tontería que yo la haya matado. ¿Por qué iba a destruir mi propia coartada?

—Usted es un loco muy inteligente, Boyle. Su argumento es muy

bueno... si no fuera porque la coartada no existe ni existió. Según me informó la portera antes de subir, la dueña de este apartamento se llama Ann Sheridan y es huérfana y morena. ¿Coincide en algo con Sylvia Morgan, la chica del cabello platino con padre asmático? —Es que todo lo que ella me largó era mentira.

—¡Oh!

—Era una trampa. Asesinaron a mi esposa mientras yo me entretenía con la chica, y luego, cuando necesité su coartada, ella desapareció como si no hubiera existido nunca.

—Yo le voy a contar la verdadera historia, Boyle. Ann Sheridan, por alguna razón desconocida para mí hasta el momento, le estaba haciendo presión, tal vez chantaje. Entonces usted decidió eliminarla y se presentó aquí acompañado de su amiguita. Al ser descubierto por mí, no se le ha ocurrido mejor idea que soltarme que ella era la famosa chica de cabello platino que usted se inventara como coartada. Estando muerta, ella no lo puede negar.

—Estando muerta, ella tampoco puede negar que no fuera la chica del cabello platino —agregué yo.

—¡Bah!

—Usted no es un buen policía, teniente.

—Lo que ocurre, Boyle, es que en mi despacho hay una declaración jurada de Paul Stewart en la que se asegura que usted llegó a su casa aquella noche sobre las nueve y veinte de la noche.

—¡Paul Stewart mintió!

—Paul Stewart dijo la verdad y por eso usted lo mató. Usted pensó que a lo mejor aún no había firmado su declaración. Le salió mal.

—¡Yo no he matado a nadie, teniente!

—¡Todo lo que dice es verdad! —estalló Sue—. Y en el asunto de la muchacha ahí dentro asesinada, yo soy testigo de que no la mató. Llegamos cuando estaba muerta. Y antes no pudo hacerlo porque estaba conmigo.

—¿Seguro, señorita Lansing? —sonrió venenosamente el teniente.

Sue y yo nos miramos muy fijamente. Por un momento creo que cruzó la duda por la mente de ella. ¿Había salido de su apartamento mientras visitaba el Hogar del Abandonado o no?

—¿En qué piensan? —preguntó el teniente—. Ande, señorita

Lansing, entrégue las pistolas.

—No lo voy a hacer —dijo ella, decididamente.

—Está bien —se resignó el teniente, viendo perdida otra partida—. De todas formas, su palabra no valdría un pepino, señorita Lansing. Está claro que Boyle se la ha metido a usted en el bolsillo.

—Bueno, teniente —corté—. Creo que es la hora... Dejémonos de cháchara. Adelante.

Buck Taylor abrió la puerta. Sue y yo fuimos tras él, apuntándole con nuestras armas a la espalda.

No utilizamos el ascensor. Bajamos por las escaleras, muy despacio.

Llegamos a la puerta del edificio.

—No intente correr, teniente —le avisé—, porque su espalda se convertiría en un colador.

—Seré un buen chico.

—Camine hacia aquel coche «Chevrolet».

Los tres anduvimos hacia el automóvil de Sue. Yo miraba hacia todos lados. No vi ningún coche policíaco, al menos de los oficiales. Tampoco vi ningún transeúnte ni coche en movimiento y llegué a la conclusión de que la policía había cortado tanto el tráfico rodado como el peatonal.

Alcanzamos el coche y Sue se apresuró en abrir las puertas.

Ella se sentó al volante y el teniente y yo ocupamos el asiento posterior.

Sue guardó las pistolas de los policías en la guantera y luego puso el coche en marcha.

—Vayamos hacia Green Park —dije yo.

Durante el largo trayecto, sin dejar de apuntar al teniente, no cesé de observar si alguien nos seguía. Parecía que no, pero yo, justo es reconocerlo, no era un hombre avezado en estas lides y, en cambio, la policía sí. Ellos, los polis, la sabían larga.

Cuando llegamos a Green Park, le dije a Sue que tomara Barnaby Street y más tarde Lowell Street.

Entonces decidí quitarme el lastre del teniente.

—Bueno —exclamé, mirándole—. Ya nos hemos cansado de su deliciosa compañía. Puede bajarse.

—¿Bajarme... así? —balbuceó.

—Nosotros no nos vamos a detener, teniente. ¡Y he dicho que se

baje del coche!

—¡Pero...!

—¡Hágalo!

—¡Pero...! —empezó a protestar de nuevo.

—Ya le dije que le haría tragarse las palabras que le dirigió a Sue. Ahora lo va a hacer con un poco de polvo y unas cuantas magulladuras. ¡Vamos, teniente, abajo!

Sue fue compasiva con él y aminoró la velocidad. El teniente abrió entonces la portezuela, decidido ya.

—¡Me las pagará, Boyle! —me dijo con los dientes apretados—. ¡No pararé hasta verle achicharrado en la silla!

—¡Fuera! —rugí yo, empujándolo violentamente con la mano armada.

Lo cogí de sorpresa y salió despedido por el hueco del coche.

No me preocupé de él, aunque me lo imaginé originando un bonito atasco.

—¡Acelera, Sue! —grité al tiempo que cerraba la puerta—. ¡Y dobla por Concorde Avenue! ¡Rápido, rápido!

Sue subió la aguja del cuentamillas a sesenta y no respetó un solo semáforo. La noche era nuestra aliada.

Yo miré hacia atrás y observé que ningún coche había acelerado para perseguirnos.

Las ruedas del viejo «Chevrolet» chirriaban dolorosamente y muchos peatones y conductores de coche nos dirigieron insultos nada recomendables.

Estuvimos a punto de atropellar a una vieja y de chocar con una furgoneta del servicio de Correos.

—¡Por Donovan Street!

Sue obedeció.

—¿Adónde vamos, Peter? —preguntó con un hilo de voz.

Estaba pálida y asustada, pero ella continuaba con las manos aferradas al volante y el pie derecho hundido en el acelerador. James Hunt, a su lado, no era nada.

—Hasta ahora estábamos asegurándonos de que nadie iba tras nosotros. ¡Desde este mismo momento puedes emprender rumbo hacia el Hogar del Abandonado!

CAPÍTULO X

Dejamos el coche en el pequeño *parking* y caminamos hacia el edificio.

—Estoy seguro que fuiste reconocida durante tu estancia aquí, Sue —le dije—. Y entonces idearon una nueva trampa.

—Y... y sacrificaron la vida de una chica como Ann Sheridan.

—Parece que no se detienen ante nada.

—Es terrible.

—Y la culpable de todo tiene que ser la señorita Ruth Burton. Sólo estuviste con ella.

—¿De qué me iba a conocer?

—Ella fue quien te proporcionó la dirección de Ann.

—Pudo ser todo una casualidad.

—Ya he dejado de creer en las casualidades.

—Pues no lo entiendo.

—Pronto lo vamos a entender todo.

Entramos en el Hogar. La chica de la recepción, pecosa y simpática, nos proporcionó el consuelo de no reconocermos. Pero también nos dio una mala noticia: Ruth Burton ya se había marchado.

Yo me presenté como periodista.

—Oh, usted es la señorita Power —reconoció a continuación a Sue.

—Veo que se acuerda de mí —sonrió Sue.

—No hace tanto tiempo que nos vimos. ¿Qué tal su reportaje?

—Bien, bien.

Tercié yo:

—¿Comentó algo la señorita Ruth Burton nada más irse mi amiga y colega?

—No, que yo recuerde.

—¡Espera un momento! —exclamó de pronto Sue, y tanto la

chica de recepción como yo nos quedamos mirándola fijamente.

—¿Qué ocurre? —pregunté, intrigado.

—He caído en algo a lo que no di entonces excesiva importancia. Dígame, señorita, ¿no fue usted quien nos interrumpió?

—¿Cómo?

—¿No se llama usted Cora?

—Sí, señorita Power.

—¿Y no es cierto que mientras yo estaba en el despacho de la encargada jefe usted la llamó por el interfono, rogando su presencia en la planta tercera?

—Oh, bueno, sí.

Sue me encaró.

—Precisamente a raíz de esa ausencia, la señorita Ruth Burton pareció experimentar un ligero cambio. Creo que te lo comenté.

—Sí. Tengo un recuerdo vago.

Sue volvió a mirar a la chica de recepción.

—¿Por qué la llamó?

—Señorita Power, eso no se lo puedo decir.

—¿Por qué?

—Son cosas internas del Hogar.

—Haga una excepción.

—No puedo.

—Puede ser importante para el reportaje que tanto mi colega como yo preparamos —insistió Sue.

—Lo siento.

—Mire, Cora —tercié de nuevo en la conversación—. Tenemos prisas y no podemos entretenernos. ¿Nos lo va a decir por las buenas?

—No. Podría costarme el puesto. Me rogaron que no hablara.

—Entonces nos lo dirá por las malas —exhibí una vez más la pistola—. No querrá que le cueste la vida, ¿verdad? Yo le ruego que hable.

La pobre muchacha cambió inmediatamente de opinión. A mí me molestaba tremendamente hacer estas cosas porque yo no soy ningún matón de película, pero no había más remedio. Como le había dicho al teniente Buck Taylor, esa misma noche: mi vida estaba en juego.

—Yo..., en fin..., haré esa... esa excepción que... que antes me pedían... —tartajeó.

—Buena chica —sonreí.

—Pero, por favor, no me nombren para nada.

—No se preocupe. No saldrá en nuestro reportaje. Se lo prometo.

—Es que me rogaron expresamente que no comentara nada de la presencia de ella aquí.

—¿De ella?

—Sí. Ella se presentó a mí un tanto alterada y me dio su descripción —señaló a Sue—. Bueno, me la dio como si la conociera de toda la vida. Yo le respondí que sí, que se encontraba en el Hogar, hablando con la encargada jefe. Entonces me ordenó que la llamara urgentemente, citándola en la planta tercera, la de los recién nacidos, y sin nombrarla a ella para nada.

—Vamos, Cora, sólo falta que nos diga quién era ella. Esa misteriosa «ella».

—Una de las socias fundadoras. Suele presentarse por aquí muy a menudo, aunque no le toque turno. Siempre se reúne con la encargada jefe y no tengo la menor idea de lo que se llevan entre manos.

—Pero ¿quién es? —pregunté, impaciente.

—La señorita Lana Ferguson.

Tanto Sue como yo nos quedamos de piedra. ¡Lana Ferguson, la copropietaria de la agencia donde trabajábamos! ¡Claro que ella podía haber reconocido a Sue! Pero ¿cómo? —Muchas gracias, Cora —dije cuando al fin pude hablar—. Y ahora, para finalizar, ¿sería tan amable de facilitarme la dirección particular de la señorita Ruth Burton?

—La tengo, pero si la buscan a ella, no la encontrarán allí.

—¿Se refiere a Lana Ferguson?

—No, a la encargada jefe.

—Ah. ¿Y sabe dónde está?

—La dirección, no; pero sí tengo un teléfono. Siempre me da el número del teléfono del sitio donde se va a encontrar. Es por si ocurre algo, ¿sabe?

—Muy bien. Apúntemelo. Tal vez la llame.

—Sí, sí.

Tomó un papel y garabateó sobre él.

—Aquí tiene.

Miré el número distraídamente, por encima, y de nuevo me llevé una sorpresa.

—Vámonos —le dije a Sue, tomándola por un brazo.

Nos despedimos de Cora y salimos del edificio.

—¿Qué piensas de todo? —me preguntó mientras caminábamos hacia el pequeño *parking*.

—Está claro. Lana llegó aquí y reconoció tu coche. Eso es lo que debió suceder. Se alarmó no sabemos por qué y requirió urgentemente la presencia de Ruth Burton sin llamar excesivamente la atención, concretamente «tú» atención. La encargada jefe le diría que tú eras Dorothy Power, *free-lance*, y Lana la sacaría de su error. Entonces tramaron la trampa.

—¡Oh, no!

—Sí, Sue. Fue entonces cuando Ruth Burton apareció ante ti un poco tirante según tu apreciación y te facilitó la dirección de Ann Sheridan. Ellas en seguida sospecharon que me estabas ayudando en la investigación que llevaba a cabo.

—Esto... esto... —Sue no encontraba las palabras apropiadas.

—Posiblemente alguien se trasladó rápidamente hasta tu casa y vigiló nuestra salida. Entonces telefoneó para que se cometiera el crimen y así la hora de la muerte de Ann Sheridan se aproximara lo más posible a la hora en que tú y yo apareceríamos por allí... —Me tomé un respiro—. Otra persona, posiblemente la que mató a Ann Sheridan, estaba esperando nuestra llegada a la casa de ésta. Al vernos entrar, telefoneó a la policía. ¡Ya estábamos cogidos en el cepo!

—Esto tiene un fallo, Peter.

—¿Cuál?

—El teniente dijo que les había avisado la portera del edificio. Que ella te había reconocido.

—Es verdad —admití, frunciendo el ceño.

—¿Qué tienes que decir a eso?

—No lo sé. —Me mesé los cabellos nerviosamente—. Pero estoy seguro de estar acercándome a la verdad. Tal vez el teniente también está metido en esto.

—¡No puedes decir eso! ¡Un policía!

—Cosas peores se han visto —le atajé.

—Dios, esto es horrible.

—Cierto. Pero posiblemente sea más horrible la verdad completa, Sue. ¿Estás dispuesta a seguir adelante?

—Sí, Peter. Los dos estamos metidos hasta el cuello en esto y creo que ya nada podemos perder. En todo caso, ganar.

—Muy bien. ¡Ganaremos, Sue!

La tomé entre mis brazos y nuestros rostros fueron acercándose más y más, hasta que nuestras bocas se encontraron en un beso cálido, suave. Sólo la luna y las estrellas fueron testigos de ello, y eso nos reconfortó grandemente porque es más hermoso proclamar el amor al universo que a los hombres.

Cuando nos separamos, nos introdujimos en el coche de Sue.

—¿Y adónde vamos a ir? —me preguntó.

—A esta dirección —le entregué el papel donde Cora había apuntado el número telefónico.

—Esto es...

—Ya lo sé —le interrumpí—. Fíjate bien.

—¡Pero si es el teléfono de una de las naves de la Ferguson Commercial Agency! —exclamó tan sorprendida como yo cuando lo hubo visto.

CAPÍTULO XI

Las naves de la agencia comercial se encontraban en Plymouth Street, ocupando un par de manzanas. Enormes rótulos así lo proclamaban.

Se trataba de una calle estrecha, silenciosa y vacía. Su iluminación no era muy abundante.

Sue aparcó el coche cerca de la esquina de Valdemar Street, un poco alejados de las naves. Apagó las luces y quitó la llave del contacto.

—Ese teléfono corresponde a la nave número tres —me dijo.

—Lo sé.

—¿Qué habrá venido a hacer aquí Ruth Burton?

—Eso también me pregunto yo.

—¡Cuidado! —gritó ella de repente, y se abalanzó sobre mí, rodeándome con sus brazos y besándome ardorosamente.

—Pero ¿qué infiernos pasa? —pregunté yo luego.

—Eran los Finch.

Ella señaló hacia atrás y yo giré la cabeza. Reconocí al matrimonio Finch, a pesar de caminar de espaldas a mí, alejándose de nuestro coche. A los Finch los conocía casi todo el mundo en la ciudad porque pertenecían a dos de las familias de más raigambre de la localidad.

Los vimos meterse en la nave número tres, después de que él sacase una llave y abriera.

—Parece ser que toda la clave está ahí —comenté.

—¿Crees que tendrá algo que ver con cuánto ha sucedido desde la muerte de Marian?

—Posiblemente.

—¿Llevas llave?

—Por supuesto que sí, para algo soy el gerente de la agencia comercial.

Bajamos del coche y caminamos rápidamente hacia la nave de marras.

Yo me había echado a los bolsillos de la chaqueta las dos pistolas de la policía.

Quando nos detuvimos ante el portón, saqué mi llavero (donde tanto llevaba las llaves personales como las de mi trabajo), separé la llave de la nave número tres y abrí. Lo hice con sumo cuidado y un poco con el corazón encogido. Temía ser sorprendido. Sue iba pegada a mí y notaba su respiración agitada, presa de la excitación por el misterio.

En la monumental nave reinaba una gran oscuridad.

Y nadie nos salió al paso.

Cerré el portón suavemente.

Anduvimos unos cuantos pasos.

—Allí hay luz —susurró Sue, cogiéndome por un brazo y señalándome con el otro hacia la derecha.

En efecto, allí había luz y además se veía movimiento de sombras.

La luz era amarillenta, casi enfermiza.

Avanzamos con mucha precaución entre cajas y embalajes. Dejamos atrás una pequeña grúa y llegamos hasta la zona iluminada tenuemente.

Había allí por lo menos una treintena de personas, entre hombres y mujeres, a los que apenas pudimos distinguir sus facciones. Casi nadie se fijó en nosotros y yo decidí no avanzar más para no tener que mezclarnos entre ellos.

Sue y yo nos sentamos en el suelo como todos los demás, pero en la última fila. Todo el mundo tenía la mirada fija en la zona iluminada y apenas se oían unos leves murmullos.

Lo que atraía la atención de los presentes era una mesa larga y estrecha, rectangular, flanqueada por seis gruesos cirios negros, tres a cada lado, que proporcionaban la amarillenta luz. Al fondo, en la pared, había colgado un tapiz donde se podía observar pintada la imagen de Satán.

—¿Qué es esto? —me preguntó con voz temblorosa Sue—. ¿En dónde nos hemos metido?

—Esperemos un poco —tomé yo una de sus manos.

De algún lado brotó entonces el sonido de una campanilla y ante

nosotros apareció un joven completamente desnuda.

—¡Lana Ferguson! —No pudo evitar exclamar Sue, asombrada.
Alguien hizo, delante de nosotros:

—¡Sssst!

La bella Lana Ferguson avanzó hasta la rectangular mesa y de un ágil brinco se subió a ella. Dio unos cuantos pasos marcados de gran sensualidad sobre ella, mostrando a los concurrentes toda la belleza y plenitud de sus formas. Por último, se tumbó boca arriba a lo largo de la mencionada mesa.

Nuevamente sonó la campanilla.

Ahora surgió ante nuestros ojos un hombre de edad mediana, de rostro curtido y fino bigotillo sobre el labio superior. Iba vestido con una casulla ornada con una gran cruz negra invertida y llevaba en las manos una copa de plata.

Tanto Sue como yo quedamos otra vez vivamente sorprendidos.

¡Aquel hombre era nada menos que Richard B. Zoltan, el teniente de alcalde de la ciudad!

Los asistentes prorrumpieron en un extraño cántico, cuyo estribillo decía más o menos lo siguiente:

—«Gloria in profundis Satani. In profundis Satani Gloria».

Unos perfumes afrodisíacos, excitantes, comenzaron a surgir de no sé dónde.

El teniente de alcalde llegó hasta el supuesto altar acompañado por los cánticos y se colocó de cara a los presentes. Dejó la copa de plata sobre el vientre de la mujer desnuda.

—Es... estoy asustada, Peter —me dijo con un hilo de voz Sue.

—Será mejor que te vayas, cariño. Como no puedes telefonar desde aquí so pena de ser descubierta, sal de la nave y hazlo desde una cabina pública. Telefona a la policía. ¡Pero exige hablar directamente con el comisionado! No nos podemos fiar prácticamente de nadie, y mucho menos de ese maldito teniente Taylor. Si el comisionado, jefe máximo de policía, también está en esto, ya nos podemos despedir.

—Pero ¿qué es todo esto?

—Por ahora, una misa negra. He leído algunas cosas sobre este tipo de celebraciones. Toda esta gente debe pertenecer a un círculo satánico, o cosa por el estilo. ¡Ve y lleva cuidado, Sue!

Ella me obsequió con un breve beso, se puso en pie y fue

retirándose.

Nadie se percató de su ausencia porque todos estaban con la mirada clavada en el oficiante y en la mujer desnuda.

El culto a Satanás había comenzado.

El teniente de alcalde soltó un chorro de frases en latín y los concurrentes le respondieron estentóreamente así:

—¡Laus Satani!

Cada vez que se arrodillaba, besaba antes a la mujer tendida ante él.

Al rato, después de orar silenciosamente, sacó una oblea negra de un bolsillo de la casulla y la alzó con las dos manos.

—Recibe esta oblea, ¡oh, Satán!, maestro amado y venerado —exclamó.

Y con suma lentitud y delicadeza pasó la oblea negra por el cuerpo de Lana Ferguson.

Se hizo un denso silencio. No se oía ni el zumbido de una mosca y sólo se respiraba el fuerte aroma de los afrodisíacos.

Más tarde, el teniente de alcalde de la ciudad, oficiante de aquella misa negra, tomó entre sus manos la copa de plata y la levantó:

—Y recibe también esta sangre, ¡oh, Satán!, maestro amado y venerado.

Bebió un sorbo y luego fue dejando caer el contenido sobre el cuerpo de la mujer desnuda, que se estremecía y gemía como si fuera una poseída. Un líquido rojizo —¿auténtica sangre o colorante?— fue manchando paulatinamente su mórbido cuerpo.

Cuando finalizó de rociarla, Lana Ferguson movió sus manos en amplio gesto de invocación.

—¡Laus Satani! —aulló.

Y ésta fue la señal.

Del silencio se pasó a los chillidos aberrantes y de la quietud al desenfreno.

La gente se volvió loca. Un atroz frenesí invadió a todos los asistentes a la misa negra y unos y otros se revolcaron, como si realmente a todos ellos les hubiera poseído el diablo.

Entonces comencé a reconocer a algunos de los presentes. Y continué sorprendiéndome.

Allí había otra amiga de Marian como era Irene Hutchinson,

heredera de las cremas de belleza Rivery, a cuya boda habíamos asistido Marian y yo hacía escasos dos meses. Desde luego quien la acompañaba no era su flamante esposo, sino un tipo desconocido para mí.

También vi al famoso médico del corazón Kane y a su mujer, los cuales se lo pasaban en grande con los dos hijos varones de James Fawcett, el rey de las pieles en el estado.

La duquesa Alice Dunaway andaba por allí a cuatro patas, enjoyada como siempre.

Louis Patterson y Melvin Bulizz, dos conocidos políticos, demócrata y republicano, respectivamente, habían olvidado sus rencillas públicas y parecían entenderse a las mil maravillas.

El matrimonio Finch, el presidente de varios consejos de administración y ella presidente de una asociación benéfica, presidían en aquellos momentos unos actos que nada tenían que ver con los usuales.

¡Y muchos más!

Allí tenía a buena parte de la flor y la nata de la ciudad mostrándome, sin vergüenza alguna, su otra cara: la cizaña y la mierda.

Una mujer desmelenada, a quien yo no conocía de nada, se abalanzó súbitamente sobre mí.

La esquivé como pude y ella no estuvo nada conforme. Lanzó una de sus manos hacia mí con unas ideas muy perversas.

Yo le arree un guantazo.

Mal hecho.

Ella se puso a berrear, riendo históricamente mientras forcejeaba conmigo:

—¡SOS! ¡Aquí hay un rebelde! ¡SOS! ¡Venid y nos divertiremos!

Una pequeña partida de aquellos locos vino en su ayuda.

Fui a recurrir a mis pistolas, pero muchas manos y piernas cayeron sobre mí y me vi impotente.

Yo pataleaba y lanzaba mis puños como podía.

Mucha baba recorría mi barbilla y muchos dedos se movieron sobre mi cuerpo.

Formábamos un confuso montón sumido en la semioscuridad reinante.

Entonces apareció el Séptimo de Caballería.

El portón de la nave se vino abajo con gran estrépito y una multitud de hombres uniformados y de paisano se adentraron en el lugar con linternas y revólveres firmemente empuñados.

—¡Policía! —gritó alguien.

Me soltaron y fue a producirse la desbandada, pero ya era demasiado tarde porque todas las posibles salidas estaban cubiertas por los hombres del Pólice Department.

Una persona (luego me enteré que fue Sue) le dio a los conmutadores de la luz y toda la espaciosa nave se vio iluminada.

Hubo chillidos, maldiciones, insultos obscenos... La nave se convirtió en un pandemónium.

Tanto los patrulleros como los detectives del Police Department comenzaron a perseguir entre cajas, anaqueles y embalajes a todos aquellos miembros del círculo satánico para proceder a su detención.

Mientras arreglaba el desorden de mis ropas, pensé con cierto humor, ese humor que nace cuando uno sale de un apuro, que tal vez faltarían esposas. Recogí mi chaqueta del suelo y entonces llegaron hasta mi Sue y el comisionado Purcell.

—Bien, Boyle —me dijo él, un hombre maduro y espigado, de franca mirada—. ¿Qué tiene que ver todo esto con su caso?

—No lo sé aún exactamente, comisionado —le respondí sinceramente—. Pero en seguida lo vamos a saber. Yo vine aquí para hablar con Ruth Burton, la encargada jefe del Hogar del Abandonado, que debe encontrarse aquí.

—Allí está —la señaló Sue.

Miré y una vez más me llevé una sorpresa porque se trataba justo de la mujer desmelenada que me había metido en el follón de la orgía.

Dos detectives del Police Department la acercaron hasta nosotros. Ella me miró con odio. También a Sue. Parecía una bruja, con sus pelos desordenados y su faz contraída en una mueca desagradable.

—Y de paso —continué yo diciéndole al comisionado—, también encontré a Lana Ferguson, que posiblemente esté implicada en el asunto.

El comisionado hizo una seña a dos de sus hombres y éstos nos trajeron a la hermana de Ike Ferguson, ambos propietarios de la

agencia para la que trabajábamos Sue y yo.

—¡Malditos seáis por siempre tú y Marian, Peter! —me espetó nada más verme.

—Creo que tú y Ruth Burton tenéis que contar muchas cosas al comisionado —dije con serenidad—, aparte la celebración de esta misa negra.

—¡No tenemos nada que contar! —exclamó Ruth Burton, tomando de mala gana la blusa que le daba uno de los detectives.

—¡Quiero a mi abogado! —exigió Lana Ferguson, todavía desnuda y bañada en rojo.

Ésa era la cantinela que todos aquellos locos, ya reducidos y bien esposados, estaban chillando a los patrulleros y detectives. Todos ellos eran conocidos personajes de la «*jet society*» de la ciudad y cada uno contaba lo menos en su nómina con un par de abogados, al servicio de su vida particular y de los negocios. Éste es uno de los recochineos de esta sociedad demente; cuando detienen a una persona importante sólo tiene que chasquear los dedos y una manada de abogados acude en su ayuda, todos ellos dispuestos a dejarse los cuernos en su empeño; cuando detienen a una persona más bien pobre, con un poco de suerte sólo consigue un abogado de oficio, que en la mayoría de los casos se lo toma con desgana y desdén. Así pues, todos aquellos locos rogaban por sus abogados, comentaban entre ellos a cuánto ascendería la fianza e incluso algunos se reían de los pobrecillos oficiales de policía.

Pero las cosas no las iban a tener tan fáciles, al menos si el comisionado era un hombre recto.

Algo vino a complicarlas... y también a proporcionar un poco de luz en mi oscuro y aún nada claro asunto.

Un patrullero se acercó corriendo a nosotros, llevando en las manos un bulto envuelto en una manta.

Tanto Ruth Burton como Lana Ferguson palidecieron terriblemente.

—¡Comisionado! ¡Comisionado!

—¿Qué ocurre?

—¡Mire lo que he descubierto junto a unas cajas!

Y entonces nos dejó ver el contenido de la manta: un niño recién nacido, cerúleo, degollado horriblemente, sin una gota de sangre.

Fue cuando la más completa y terrible de las verdades alcanzó

mi cerebro... y si en aquellos momentos hubiera tenido en mis manos una ametralladora, me los hubiese cargado a todos.

CAPÍTULO XII

El comisionado no sólo resultó ser un hombre recto, sino también un hombre duro.

Ante la evidencia de aquel recién nacido degollado, una palangana repleta de sangre que también se descubrió y la comprobación, en el laboratorio de la policía, de que el líquido que manchaba el cuerpo de Lana Ferguson era la sangre de aquel niño, el comisionado no permitió abogados de ninguna clase.

No se dio ninguna publicidad a lo ocurrido y él y varios detectives de confianza se encerraron en un despacho con los principales implicados en el asunto: Richard B. Zoltan, Lana Ferguson, Ruth Burton... y el teniente de la Brigada de Homicidios, Buck Taylor.

La detención de este último y otros (entre los que se encontraba el detective Bottoms) se hizo gracias a la lista de miembros del círculo satánico encontrada en las ropas del teniente de alcalde de la ciudad. Una lista con nada menos que cincuenta miembros.

Todos ellos fueron sometidos a interrogatorios extenuantes, implacables, que en muchos momentos llegaron al tercer grado, según luego supe.

Pero al final, y gracias a la debilidad de Ruth Burton, que fue la primera en desinflarse, y tras ella los demás, se pudo reconstruir la verdad.

A continuación relato extractos de las confesiones de los principales implicados, confesiones que llegaron a mis manos gracias a la deferencia que tuvo conmigo el comisionado. Estos extractos los he colocado buscando un cierto orden con la historia.

DE LA CONFESIÓN DE RICHARD B. ZOLTAN

—... Esta secta la fundé junto con otros miembros hace un par

de años. La bautizamos con el nombre de Los Discípulos de Satán y todos nosotros adoramos al diablo, que es el gran señor del mundo. Le rendimos homenaje mediante la misa negra, que es «nuestra» misa, así como otras religiones y sectas tienen la suya propia. Para que la presencia del diablo se haga real entre nosotros se exige utilizar sangre de recién nacido, que la oblea negra esté fabricada con cenizas de uno de estos recién nacidos[2] y reemplazar el clásico altar por el cuerpo de una mujer desnuda que al final se rocía con la mencionada sangre... La secta está formada por una cincuentena de miembros, aproximadamente, y yo soy el presidente. Lana Ferguson, con la cual mantengo relaciones íntimas, es la vecipresidente. Ella e Irene Hutchinson se ofrecieron para conseguir los niños, recabando la colaboración de Ruth Burton y Ann Sheridan a las que tuvimos que aceptar en nuestra secta. Lana Ferguson ponía siempre a nuestra disposición un local de su propiedad y facilitó a cada miembro de la secta una llave de él.

DE LA CONFESIÓN DE RUTH BURTON

—... Marian Boyle vino aquel día un tanto agresiva. Me dijo que desde hacía un tiempo estaba vigilando la entrada y salida de los niños recién nacidos que encontrábamos abandonados, es decir, que nadie se responsabilizaba de ellos, porque había observado ciertas anormalidades. Me hizo ver que habían desaparecido varios de ellos, y que yo, como responsable máxima del Hogar, le debía una explicación. Yo negué todo y ella me amenazó con la policía. Peleamos y yo la alcancé en la mandíbula, dejándola inconsciente. Entonces telefoneé a Lana e Irene, que son las dos socias fundadoras que están metidas en esto.

DE LA CONFESIÓN DE LANA FERGUSON

—... Cuando Marian volvió en sí, tratamos de convencerla, pero fue muy tozuda y hasta osó amenazarnos, estando como estaba en nuestras manos. Como no podía tener hijos, se había tomado muy en serio esto de los niños. Era una sentimental... No quedó más remedio que sentenciarla a muerte y para ello consulté con el presidente, quien estuvo de acuerdo. Pensé entonces en buscar ya un culpable que ofrecerle a la policía y el nombre de Peter Boyle me

vino en seguida a la mente. Podíamos aprovechar las malas relaciones que existían actualmente entre ellos y que eran del dominio público. Me fue fácil enterarme del horario de Peter Boyle, para eso soy copropietaria de la agencia comercial donde él trabaja, e inmediatamente lo planeamos todo, contando con la colaboración de Ann Sheridan, asistente de confianza de Ruth Burton, la cual soñaba en ser actriz un día no muy lejano. Irene y yo nos trasladamos con Marian hasta su casa, amenazándola con una pistola, y allí esperamos hasta las nueve y media de la noche. La matamos y nos largamos, saltando el muro posterior sin que nadie nos viera. Ann Sheridan se apostó en la esquina siguiente al *parking* de la agencia comercial y cumplió su parte. Así, Peter se vio complicado en el asunto, sin olvidar la colaboración del teniente Buck Taylor y el detective Bottoms, policías que habíamos aceptado en nuestra secta con el propósito de que si algún día nos veíamos comprometidos, nos echaran una mano. Ellos en seguida se hicieron cargo del caso Boyle para encauzarlo hacia el final que habíamos previsto.

DE LA CONFESIÓN DE BUCK TAYLOR

—Al hacer nuestras investigaciones, tropezamos Bottoms y yo con un grave inconveniente: Paul Stewart. El hombre había tenido la mala ocurrencia de asomarse a la ventana a eso de las diez menos diez y vio llegar a Peter Boyle. Su declaración rompía en mil pedazos la trampa tendida a éste. El detective Bottoms se encargó de tomarle declaración y firma, rogándole a continuación que le firmara otro papel intrascendente. Paul Stewart lo hizo sin preguntar ni sospechar, confiando ciegamente en nuestros cargos; era un buen hombre. Su auténtica declaración fue quemada y en su lugar se puso otra, con su propia firma, en la que juraba haber visto llegar a Peter Boyle sobre las nueve y veinte de la noche. Después de esto había que matarlo, ya no sólo por haberle falsificado la declaración, sino también porque si hablaba todo se iba al carajo. Telefoneé al presidente y me puse de acuerdo con él. Un miembro de la secta se encargaría de matar a Paul Stewart, ya que tanto Irene como Lana tenían que acudir al entierro de su llorada amiga Marian. Siguiendo el plan, trazado casi al minuto, yo decidí acusar a Peter Boyle nada más terminar el entierro de su esposa, cuando

más alterado estaba, porque así reaccionaría según lo previsto. Le acusé del crimen de su mujer y le hablé de la declaración de Paul Stewart, su vecino, amigo suyo, que lo hundía irremisiblemente. Todo salió perfectamente. Peter Boyle, hombre poco experimentado en estas lides, se dejó llevar por los nervios y huyó de nosotros. ¿Por qué cree que huyó con tanta facilidad, por qué cree que no llevé más hombres conmigo? ¡Queríamos que escapara y acudiera como un loco desesperado a la casa de Paul Stewart! Yo dejé correr un poco de tiempo y entonces avisé a varias unidades policíacas para que se presentaran en la casa de Paul Stewart, quien a esas horas ya habría sido estrangulado. Pero no contamos con la astucia de Peter Boyle, y se nos escapó.

DE LA CONFESIÓN DE LANA FERGUSON

—... Llegué al Hogar dispuesta a escoger el bebé que sacrificaríamos esa noche, antes de la misa negra, para tener sangre de recién nacido como exige el rito. Y cuál no fue mi sorpresa al ver el «Chevrolet» de Sue Lansing, la secretaria personal de Peter, en el pequeño *parking*. Le pregunté a la chica de recepción. Muy extrañada, citó a Ruth Burton urgentemente en la planta tercera, la de los recién nacidos, cuya encargada era Ann Sheridan precisamente. Le hice ver a Ruth el engaño que estaba sufriendo. Empezamos a pensar en cómo eliminar a Sue Lansing, pues yo llegué en seguida a la conclusión de que estaba de acuerdo con su jefe, y Ann Sheridan se mostró nerviosa e insegura, diciendo que a ella no le gustaba cómo se estaban poniendo las cosas y que estaba pensando en largarse de la ciudad. Fue cuando se me ocurrió la idea de matarla y que Peter Boyle y su secretaria cargaran con las culpas de este nuevo crimen. Todo era cuestión de volver a sincronizar los relojes para que, una vez más, Peter Boyle llegara justo unos minutos después de haberse cometido el crimen. Dejamos allí a Ann, después de escoger el recién nacido que por la noche se llevaría Ruth, y las dos planeamos en otro lugar lo que iba a hacerse. Ruth volvió a su despacho y yo volví a por Ann que terminaba su turno a aquella hora. La llevé conmigo hasta su casa, ella subió, yo aparqué por allí. Y entonces telefoneé a Irene rogándole que viniera rápidamente trayendo un par de bolsas de esas que llevan las chicas que van repartiendo propaganda de sus

maquillajes. Entretanto, avisado por Ruth Burton, uno de nuestros miembros se apostaba en la casa de Sue Lansing. Nosotras, Irene y yo, nos colamos fácilmente en el edificio de Ann, dispuestas a repartir tarros de belleza «Rivery», llevándose el primero la portera, por supuesto. Llegamos a casa de Ann y en seguida la redujimos. Pronto nos llamó el hombre que vigilaba la casa de Sue Lansing, anunciándonos que ella y Peter Boyle (no nos habíamos equivocado al pensar que él estaba en contacto con su secretaria) acababan de salir. Estrangulamos a Ann y salimos del edificio sin problemas. Esperamos en la calle a que aparecieran Sue y Peter, y cuando los vimos telefoneamos al teniente Buck Taylor para que los atrapara en un nuevo crimen. Esta vez su misión era dejarlos huir en la calle y entonces abatirlos allí mismo a tiros. Era una forma de cerrar de una vez por todas el caso sin que Peter y Sue pudieran decir algo comprometededor para nosotros que abriera una investigación a fondo, dado que ya habían llegado con sus sospechas hasta el Hogar y no teníamos constancia de cuánto sabían realmente ellos. Pero nuevamente todo falló.

EPÍLOGO

A pesar de la probada culpabilidad de todos aquellos «discípulos de Satán», a pesar del escandaloso juicio que se vio contra ellos, a pesar de que los hechos saltaron a las primeras páginas de los periódicos, a pesar de los muchos comentarios elogiosos que se hicieron de Sue y de mí, considerándonos como una especie de valerosos personajes que habían luchado hasta el final por descubrir la verdad..., a pesar de todo esto perdimos nuestro empleo, se nos hizo un gran vacío, y nos vimos poco más que cualquier vagabundo de la calle.

Y es que el poder de aquella podrida ciudad estaba casi todo él en manos de los hombres y mujeres juzgados, poder que pasó a sus familiares, quienes, aunque reconocían la culpabilidad de los condenados, en su fuero interno no nos podían ver ni en pintura, por haber sido los causantes de la desgracia de sus padres, hijos, hermanos o tíos. Ellos hubieran preferido que todo siguiese igual, en la sombra, oculto al mundo y a ellos mismos, y que un gerente comercial y su secretaria cayesen bajo sus manchadas manos de sangre, porque los dos apenas significábamos nada. Eramos piezas recambiables.

Aunque yo había pertenecido más o menos a aquel grupo durante una época corta, ahora me encontraba completamente solo, porque el lazo que me unía a ellos, Marian, había desaparecido.

No encontré amigos siquiera entre los influyentes que no se habían visto afectados por la criba, porque éstos eran amigos de los afectados e hicieron causa común con sus familiares.

Así pues, aunque Sue y yo teníamos el apoyo de los ciudadanos honestos, esto de bien poco nos servía porque ellos estaban en las nóminas de los poderosos, y nosotros, si queríamos continuar trabajando (yo tenía una saneada cuenta corriente y podíamos comer durante una larga temporada), también teníamos que estar

en esas nóminas.

Todos ellos manejaron sus influencias al máximo, no sólo para conseguir penas ridículas para muchos de los inculpados, sino también para que Sue y yo nos hartáramos y nos largáramos.

Vendimos todo lo que teníamos, y un buen día, después de visitar la tumba de Marian y también la de Paul Stewart, el amigo del que había llegado a dudar, nos marchamos de la ciudad.

Nos fuimos a otro estado, con el proyecto de encontrar trabajo, casarnos y ser felices. Aunque el proyecto pueda parecerles sencillo, no lo es tanto por culpa de este mundo tan enmarañado que hemos creado al cabo de los siglos. De todas formas, nosotros pensábamos seguir adelante, salvando una a una todas las trampas de la vida.

Al final tropezaríamos, claro, pero ese desenlace lo veíamos aún muy lejano.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] En castellano en el original. < <

[2] Luego supimos que a estos pobres niños los enterraban en el campo, y que de vez en cuando quemaban a uno de ellos para tener material para fabricar sus horribles obleas negras. < <